

SALVADOR MIGUEL, Nicasio. *Isabel la Católica. Educación, mecenazgo y entorno literario*. Alcalá de Henares. Centro de Estudios Cervantinos. 2008, 269 pp.

Por *Cristina Moya García*

Hay personajes sobre los que parece difícil decir algo nuevo por la gran cantidad de estudios de los que han sido objeto; máxime si se ha celebrado algún aniversario relacionado con ellos en un período más o menos cercano. Este podría parecer el caso de Isabel la Católica, sobre la que aparecieron una cantidad ingente de trabajos, de calidad dispar, en torno a 2004, año en el que se conmemoró el quinto centenario de su muerte. Por eso, el último libro de Nicasio Salvador Miguel, que inaugura la colección *Historia y Literatura*, dirigida por los profesores Carlos Alvar y el propio Salvador Miguel, sorprende muy gratamente, ya que es una obra en la que se aportan nuevos datos, se llama la atención sobre otros en los que no se había incidido hasta el momento y se corrigen numerosos errores que habían pasado desapercibidos.

Isabel la Católica. Educación, mecenazgo y entorno literario está dividido en seis capítulos. Los cuatro primeros recrean de forma magistral los años infantiles y juveniles de la futura soberana –exactamente desde su nacimiento (1451) hasta que abandona la corte de Enrique IV de Castilla para pasarse al bando rebelde del infante don Alfonso (1467)–; los dos últimos ofrecen un panorama de la actividad literaria que se desarrolló en la corte de esta singular reina y un análisis sucinto del mecenazgo que ejerció sobre los escritores de la época.

De este modo, a través de la lectura, vamos haciendo un repaso de todos los hechos destacados que se produjeron en Castilla –y fuera de Castilla– en este arco temporal y de aquéllos que, por diferentes motivos, tuvieron relación con la entonces infanta Isabel. La batalla de Olmedo; el matrimonio de sus padres; su nacimiento y el de su hermano Alfonso; la caída de Constantinopla; la muerte de Álvaro de Luna; el divorcio de don Enrique y doña Blanca de Navarra; el fallecimiento del progenitor de Isabel; la entronización de Enrique IV; la marcha a Arévalo con la posterior intromisión de don Enrique; el matrimonio entre el rey Enrique y doña Juana de Portugal; el nacimiento de doña Juana, posteriormente conocida como ‘la Beltraneja’; el traslado de Isabel y Alfonso a la corte de su hermano mayor; o la marcha junto a su hermano pequeño son objeto de examen detallado. Con igual minucia se examina a Beatriz de Silva, para desmentir que tuviera ningún tipo de participación en la educación de la infanta; a Cristóbal Colón, del que queda per-

fectamente aclarado su origen genovés y cuyo examen aquí se justifica por las relaciones que, años más tarde, mantendrá con la reina; a Fernando de Aragón, futuro marido de Isabel; a Juan II de Aragón y Juana Enríquez; a los testamentarios de Juan II de Castilla, Lope de Barrientos, Gonzalo de Illescas y Juan de Padilla; o a Gonzalo Chacón, entre otros. Especialmente meritoria, por la falta de datos y por lo poco que se ha tratado el asunto hasta ahora, es la reconstrucción que se hace de la corte de Arévalo, en la que viven la viuda y los hijos pequeños de Juan II, es decir, los niños Isabel y Alfonso. Una corte en la que impera el ambiente portugués y donde la pequeña Isabel comienza a recibir su primera educación, la cual continuará, años después, en la corte de su hermano Enrique. Salvador Miguel se percata desde el principio de que todo lo relativo a la instrucción de la que luego será la soberana más influyente y poderosa del siglo XV español se había tratado sin profundidad ni detenimiento y, haciendo un enorme esfuerzo y arañando datos de fuentes varias, consigue trazar con enorme precisión el programa de aprendizaje que debió seguir doña Isabel en sus primeros años y adolescencia, lo que constituye una gran aportación.

El autor ha sido consciente, y así lo declara (p. 9), de que, para realizar una indagación minuciosa sobre la figura de Isabel la Católica, era absolutamente necesario estudiarla en el contexto en el que vivió, prestando especial atención a las personas que la rodearon y a los acontecimientos que, de una forma u otra, tuvieron algún tipo de influencia sobre ella. Precisamente, a la hora de delinear los sucesos políticos y socioeconómicos más importantes de los años de la existencia de doña Isabel que abarca esta obra, Salvador Miguel se basa en todo tipo de documentos que aporten algún dato y recurre además, siempre que puede, a los textos literarios contemporáneos, testimonios imprescindibles que deben tenerse en cuenta, si se quiere hacer una recreación fiable de la biografía de cualquier personaje histórico en general y, en particular, de la Reina Católica, que, como digna hija de su padre, Juan II de Castilla, “apoyó decididamente las labores culturales de todo tipo, por lo que su corte se convirtió en foco de actividad literaria al mismo o superior nivel que las cortes de otros estados europeos” (p. 215).

A lo largo de las diferentes páginas que integran esta monografía, Nicasio Salvador Miguel recopila informaciones que proceden de distintas fuentes, contrapone citas y argumentos y destierra para siempre afirmaciones que se habían dado por sentadas y que nadie se había molestado en comprobar. Desde el principio es palpable su fascinación por la Reina y su tiempo y no queda duda alguna del dominio del historiador y filólogo sobre el tema que está tratando. No en balde, Salvador Miguel —con una larga y fructífera carrera académica a sus espaldas en la que se han gestado numerosísimas y variadas publicaciones— ha sido y sigue siendo inves-

tigador principal de dos proyectos sucesivos en el tiempo que comparten el mismo título “La literatura en la época de los Reyes Católicos”, al amparo de los cuales se han realizado diversas actividades de carácter científico y han visto la luz una serie de trabajos.

Nos encontramos ahora ante una obra que destaca, sobre todo, por su erudición y por su precisión, características que se derivan, entre otras cosas, del empleo de una rica y completísima bibliografía, manejada con soltura, que está formada por fuentes manuscritas, incunables y postincunables, colecciones documentales, fuentes narrativas hasta 1637, fuentes literarias, jurídicas y médicas, y estudios diversos.

No es exagerado decir que este libro marca un antes y un después en el estudio de la Reina Católica. Eso sí, todavía quedan bastantes años de la vida de Isabel I de Castilla por revisar, por lo que esperamos que el profesor Salvador pueda llevar a cabo en un futuro su intención, expresada en el prólogo, de escribir una biografía completa de la emblemática soberana, para lo que le deseamos, utilizando sus propias palabras, que las fuerzas no decaigan y las parcas no cieguen su destino.

ESTEVA DE LLOBET, María Dolores. Jorge de Montemayor. Vida y Obra de un advenedizo portugués en la corte castellana. Barcelona. PPU. 2009, 437 pp.

Por *Ignacio Bajona Oliveras*.

Tras haber publicado la profesora María Dolores Esteva de Llobet en 1998 el inédito *Diálogo espiritual* de Jorge de Montemayor, y ocho años después, con un excelente estudio preliminar, a igual que en su edición del *Diálogo* (vid. *Cuadernos*, núms. 25 y 34, Madrid, 2000 y 2009, respectivamente), nos ha ofrecido recientemente una amplia y documentadísima visión sobre la vida y la obra de Montemayor, con la que viene a completar la figura humana y literaria del escritor nacido en Portugal, si bien profundamente arraigado en la corte castellana, con estancias en Inglaterra y Flandes, “deslizándose entre espacios plurales de una década clave de la historia de España, desde el camino del ascenso y la gloria hasta el del declive y la decadencia”(p.13).

Precedido de una breve introducción en la que la autora del libro considera a Montemayor como ese “gran desconocido”, a continuación divide la obra en dos partes: la primera dedicada a la vida del escritor portugués –que ocupa unas setenta páginas– y una segunda, mucho más extensa, sobre su obra literaria –unas doscientas cincuenta páginas–.

Deteniéndonos en la primera parte del libro, compuesta de V capítulos, la profesora Esteva de Llobet nos recuerda, en primer lugar, los pocos datos que sobre la biografía de Montemayor conocemos, empezando por no saber la fecha exacta de su nacimiento, que cabe situar entre 1520 y 1524, como poco sabemos de su supuesta ascendencia judía. “En realidad Jorge de Montemayor –afirma la autora del libro– tiene verdadera alma y sensibilidad judeo-cristiana”, con “Una vida desarraigada y una obra marcada por la peculiaridad de la saudade, ausencia y soledad, bajo el amparo y consuelo del salmo bíblico”(p.27); estimaciones estas y otras muchas fundamentadas en numerosos fragmentos poéticos montemayorianos. El siguiente capítulo se centra en los diez años de gloria gozados por Montemayor entre las cortes de Portugal y de Castilla. De su tierra natal muy probablemente llegó el portugués a Castilla como músico o cantor, formando parte del séquito de la princesa María de Portugal para esta esposarse con el príncipe Felipe, hijo de Carlos V, y luego, tras la temprana muerte de la princesa María, Montemayor pasó a formar parte de la capilla musical de las infantas doña María y doña Juana de Castilla. El lector se siente trasladado en este capítulo, gracias a la minuciosa y documentada información que nos proporciona la autora, al ambiente esplendoroso de las cortes portuguesa y castellana,

frecuentadas por un refinado público y unas brillantes fiestas cortesanas, en cuyo entorno Montemayor aparece como un “cortesano esforzado

De forma parecida nos situamos, en el cap. III, dedicado a las amistades y círculos literarios portugueses alrededor de Juan III de Portugal, y castellanos, en torno a Carlos V y las infantas doña María y doña Juana, en sus suntuosos ambientes cortesanos. Montemayor se relacionó, en la corte portuguesa, con escritores y amigos suyos, como Sá de Miranda o Bernardim Ribeiro, amistades que aparecen atestigüadas en el *Cancioneiro d'Evora*, en el que nuestro poeta portugués colaboró.

De forma semejante, la profesora Esteva de Llobet nos adentra en el círculo castellano mirobrigense presidido por Feliciano de Silva y al que pertenecerían también Gutierre de Cetina y Gregorio Silvestre, de cuya amistad con el primero, Montemayor realizaría un intercambio de sonetos, y dedicaría a Cetina una elegía y un epitafio con motivo de su muerte.

Muy interesantes son las dos epístolas en verso de Montemayor, que la autora del libro reproduce en parte y que van dirigidas a Diego Ramírez Pagán y a Jorge de Meneses, respectivamente, y en las que el poeta portugués muestra su desencanto hacia la corte y su deseo de retirarse de la misma, y más reveladores aún los dos sonetos que Pagán le dedicó tras su muerte, el segundo de los cuales, compuesto a modo de diálogo, su autor se interroga sobre el triste fin de Montemayor (“...¿Quién tan presto le dio tan cruda muerte? /.../ Sus huesos ¿dónde están? – *En Piamonte*/...”) (pp. 58 y 407-412). Acerca de la misteriosa muerte del poeta portugués en Italia, la profesora Esteva no cree poder tener las pruebas fehacientes de su trágica desaparición, a pesar de la tesis rotunda del P. Bartolomé Ponce, quien –como se recordará– fue el autor de *Clara Diana a lo divino* (1582), afirma que la muerte del portugués fue debida a un duelo por causas amorosas.

Tras una nueva vuelta de Portugal, en 1554, Montemayor se desplaza, acompañando al príncipe Felipe, a Inglaterra, donde este se desposará con María Tudor. Y más tarde y al lado también de Felipe II, colabora en las guerras contra Inglaterra y los Países Bajos, y regresa a España, probablemente en 1559, año en que, ya como rey, Felipe II obliga a todos los españoles residentes en los Países Bajos a regresar a la Península y comparecer ante la Inquisición. Opina nuestra autora que Montemayor pasó entonces un tiempo en Valencia, donde se estampan, entre los años 1559-1560, su traducción de los *Cants d'amor* del valenciano Ausias March y su novela la *Diana*, dedicada *Al muy ilustre señor Don Juan Castellá de Vilanova*.

Es en el último epígrafe de este III capítulo del libro cuando la profesora Esteva –*Gentil hombre entre damas y caballeros de ilustre linaje*– se anticipa ya en situarnos en el mundo de su novela pastoril, en particular al describir con gran detalle el palacio de la sabia Felicia que aparece en el libro IV de la *Diana*. Nuestra

autora opina que posiblemente Montemayor se inspirara en el palacio que María de Hungría poseía en Binche (Bélica), a cuya morada había hecho estancia en 1549, el príncipe Felipe, lugar que tal vez el portugués frecuentara también durante su permanencia en Flandes.

La profesora Esteva, en este mismo epígrafe, nos describe de forma detallada la escenografía de corte clásico renacentista que adorna las estancias del palacio con la presencia de las figuras, sólo masculinas, de los héroes y personajes, de la antigüedad, seguidos de los héroes medievales castellanos hasta los personajes más contemporáneos a Montemayor, como Luis de Vilanova, mecenas del círculo valenciano –al que suponemos que el portugués frecuentó– y padre de don Juan, a quien –como se ha dicho– Montemayor dedicó la *Diana*. Y en un espacio, bien opuesto al mundo masculino de la escenografía del palacio, se halla la galería de las damas, en cuyo relato se integra el *Canto de Orfeo*, que en cada una de sus tres partes se enaltecen las damas castellanas, aragonesas y valencianas, incluyendo a la vez el nombre de las mujeres de ilustre linaje de Portugal e Italia.

Y en toda esta descripción palaciega se alternan, como en el resto de la novela –como es bien sabido–, la más delicada prosa y el verso con sus diversas estrofas y metros.

De los dos últimos capítulos de la primera parte del libro que su autora dedica a la vida de Montemayor, el primero, corto, trata sobre la polémica mantenida entre el poeta sevillano Juan de Alcalá y Montemayor, aquel atacándole de judaizante “por no dar testimonio exacto de los dogmas de la fe de Cristo”, y el portugués, defendiéndose de sus supuestos equívocos sobre el dogma de la Trinidad y arremetiendo contra las pullas de su oponente, incluso utilizando impropias descalificaciones. Polémica que, aunque acaba cual si fuera un ejercicio poético, hay que contextualizarla en el tenso ambiente existente en la época entre nuevos y cristianos viejos.

Mucho más explícito e ilustrativo de la intransigencia de la época respecto a la integridad del dogma católico, es el último capítulo de la citada parte, que la profesora Esteva dedica primero al declive cortesano que experimentará Montemayor hasta desembocar en su trágico final, y en estrecha vinculación con su ocaso, su relación y similitudes con el triste destino en que acabó el dominico Bartolomé de Carranza. Ambos habían formado parte del séquito del príncipe Felipe en su viaje a Inglaterra para este desposarse con María Tudor; ambos vivieron célebres jornadas, como la noche de San Lorenzo y la batalla de San Quintín, y ambos se habían esforzado, durante su estancia en Inglaterra y los Países Bajos, a favor de la restauración en dichos países del catolicismo. Pero sobre el probable regreso de Montemayor a España, tal como lo hizo Bartolomé de Carranza, la profesora Esteva se cuestiona si el portugués volvió o no a la corte y el motivo que le llevó a trasladarse

después al Piamonte, en el Milanesado. Como muy bien nos presenta la autora, hay que tener muy presente en estos momentos la nueva política inquisitorial de Felipe II, iniciada ya antes de su regreso a España: las persecuciones a los sospechosos de herejía o heterodoxia, y los reiterados y cruentos autos de fe, algunos presenciados por damas y varones ilustres de la corte .

Montemayor, que había publicado en Amberes su *Segundo Cancionero espiritual*, verá como su obra fue pronto incluida en el *Índice* de Fernando de Valdés de 1559, lo mismo que el *Catechismo Christiano* de Bartolomé Carranza, quien aún habiendo sido antes encumbrado a arzobispo de Toledo y destacado pionero del Concilio de Trento, fue preso y condenado por la Inquisición y acabó sus días en la cárcel. Ante tal triste panorama, la profesora Esteva contempla “en esos dos últimos años a un Montemayor acorralado por el miedo y, como le sucedió a Carranza, habiendo perdido el favor real, desprotegido y huyendo preso de miedo” (p.83) Y aún añade al final: “Inmersos en la mejor tradición cristiana, ambos, Montemayor y Carranza murieron en tierra extranjera, emborronados por las sombras de la herejía, cuando paradójicamente su doctrina no divergía tanto del espíritu de Trento”(p.85).

Es este uno de los capítulos del libro más aleccionadores del tenso ambiente espiritual que respiraba España a partir de la segunda mitad del siglo XVI.

Centrándonos en la segunda y más extensa parte del libro, en la que la profesora Esteva de Llobet analiza la obra literaria de Montemayor, esta aparece deslindada, en principio, entre su obra devota, profana, política y moral. Respecto a la prosa religiosa y en particular su *Diálogo espiritual*, –que como se ha recordado al principio– fue publicado por vez primera por la profesora Esteva, es objeto de un detallado análisis a partir de su forma y estructura, su esoterismo, misticismo y simbolismo, tratando Montemayor, sirviéndose de sus personajes Dileto y Severo, sobre su propia concepción cosmológica, a partir del mito de la creación: Adán, y Cristo como nuevo Moisés, y el Reino de Dios, enfrentado al antagónico Reino del Diábulo –la Jerusalén celeste confrontada con la Babilonia confusa–. Finalmente, analiza la autora los aspectos estilísticos del *Diálogo*, como la *amplificatio*, la *comparatio*, el *símil* y el *exemplum*, recursos todos ellos en los que, según la profesora Llobet, “a menudo, el lusismo se desliza esponjosamente en un extraño sabor de sutileza idiomática” que configura “una especial idiosincrasia caracterizadora de la obra devota del autor portugués”(p.126).

Viene a continuación el estudio de la obra poética de Montemayor; primero citada en sus dos cancioneros –*El Cancionero 1554* y el *Segundo Cancionero espiritual* de 1558–, este último –cabe recordarlo nuevamente– editado también por la profesora Esteva. A dichos textos se añade la poesía intercalada en la *Diana*.

Considerada en conjunto la obra poética del portugués, se advierte un predominio de la poesía culta frente a la de carácter popular, aunque esta última prima en los metros y estrofas intercalados en la *Diana*.

Tras un recuento porcentual de los poemas incluidos en el *Cancionero* de 1554 y en su novela pastoril, la autora del libro analiza las diversas formas y estrofas de tipo popular y culto utilizadas en dichos textos, en el primero de los cuales se incluyen 186 composiciones, entre las que predominan los sonetos; en cambio, en la *Diana* las poesías de tipo popular superan a las cultas. A continuación, se analizan las formas y estrofas populares insertas en dicho cancionero, sobresaliendo las canciones populares y las estrofas glosadas, y de entre estas, la *Glosa por la muerte de la princesa María* (no olvídense que Montemayor formó parte del séquito que desde Portugal acompañó a Castilla la princesa María de Portugal para casarse con el todavía príncipe Felipe, y que la jovencísima esposa murió poco después). Igualmente cabe citar la *Glosa sobre las Coplas de Jorge Manrique*, incuídas en los *Cancioneros* de 1554 y 1558. Sobre estas últimas conviene tener presente que en el siglo XVI fueron frecuentes los poetas que glosaron dichas *Coplas*. Y en este apartado, por último, Esteva de Llobet dedica unas pocas páginas a los metros procedentes de la tradición italianista, en los que, a parte del soneto, destaca la égloga de filiación clásica, presente en los *Cancioneros* y en la *Diana*.

Bajo el epígrafe siguiente del mismo capítulo –*La prosa profana*– introduce primero la cuestión de la inauguración del género pastoril con la *Diana*, y sobre la fecha exacta de su primera publicación en Valencia dada por diversos autores, mientras la profesora Llobet se inclina por situarla entre 1559 y 1560. Siguen a continuación las más destacadas opiniones y críticas sobre la *Diana*, desde las emitidas por fray Bartolomé Ponce, Cervantes, Gracián, Menéndez y Pelayo hasta las relativamente recientes de López Estrada y Moreno Báez, entre otros. Y curiosamente, la autora intercala seguidamente los Tratados políticos y morales: la *Epístola a un grande de España*, el *Regimiento de príncipes* y el *Aviso de discretos*; el primero de los cuales cabe encuadrarlo –según la autora– “en una larga y abundante tradición del género “espejos de príncipes”, tratados políticos dirigidos a la instrucción del soberano, en cuyas manos se cierne el poder central del Estado (p.158) En este caso el texto va dedicado al emperador Carlos V, “justificando sus medios y acreditando la “virtud” de su hijo, el príncipe Felipe.” (p.id.). En el *Regimiento de príncipes*, Montemayor “acredita la prudencia y buena diligencia del príncipe y exculpa sus ocasiones desfavorables atribuyéndolas sólo a la inexorabilidad de la fortuna” (p.161). En cuanto al *Aviso de discretos*, la intención del autor portugués es la de aportar una serie de consejos prácticos (“avisos”) al hombre en su entorno más inmediato. El texto aparece estructurado como un extenso poema en quintillas

con “una aparente significación moral” pero la complejidad de su componente bíblico, basado especialmente en el sentido oculto de la *Torá*, la profesora Esteva considera el texto, como ocurre con el *Diálogo*, una manifestación más de la tradición judía de Montemayor, autor, aunque converso, auténticamente cristiano, que utiliza un trasfondo cultural *vetero-testamentario* para profundizar en cuestiones de orden moral en política, religión o ética individual, sugiriendo incluso la autora del libro una posible interpretación cabalística sobre el origen del hombre y su esencia divina, a partir del *Génesis* y del *Exodo*, como puntos de referencia básica a la *Torá* (p.165). Así, “Montemayor se vale de unos modelos esenciales que son el lema espiritual de la tradición judía, y que representan los ejes vertebradores de la columna central de la espiritualidad humana, desde Adán hasta Cristo”(p-166)

De nuevo, después de dedicar 35 páginas a dichos “avisos”, la autora del libro reemprende en el capítulo VII los *Aspectos estéticos y claves simbólicas de la obra profana* referidos a la *Diana*.

Constituye este capítulo la parte más personal e innovadora del libro de la profesora Esteva en lo que se refiere no sólo a su novela pastoril sino también a su poesía amorosa de su primer *Cancionero*, en la que en ambos textos se cruzan sus propias querencias amorosas con los tópicos y convenciones procedentes de la tradición clásica greco-latina junto con la herencia petrarquista y garcilasista. Partiendo la autora de la premisa de que “fue la ilusión del amor lo que sostuvo la existencia de Montemayor y lo que llenó los huecos de una soledad condenada de antemano a la melancolía” (.204), el poeta analiza los fundamentos del sentimiento amoroso, tanto en cuanto a la fidelidad de la amada, como en su infidelidad, sirviéndole de ejemplo tanto del mito clásico como de las actitudes de los propios personajes pastoriles de su *Diana*. A través de los versos del *Cancionero*, como igualmente de su novela, y en particular en su *Égloga II*, el portugués canta la belleza femenina centrada en los ojos y la mirada de la amada, aspectos que aún siendo tópicos neoplatónicos heredados luego por Petrarca y Garcilaso, así como el desamor en la relación amorosa, Montemayor otorga a la naturaleza una importante participación, que “proporciona el sentido universal de una armonía que se hace ostensible en todos los elementos de la naturaleza, incluso en aquellos que por su naturaleza son negativos y desarmónicos” (p.215). Así, como ejemplo paradigmático, la autora recuerda “los lamentos de Diana en conversación amena con Danteo a quien da cuenta de los males que en ella ocasiona la ausencia de su pastor Sireno, frente a una naturaleza conmisericordiosa y testimonial que en tiempos felices fue testigo de esta dicha” (p.213). Y como elemento de reflexión sobre la diversa fortuna con que concluyen las relaciones amorosas, la autora aporta , tanto en el *Can-*

cionero como en la *Diana* el ejemplo de las más conocidas fábulas mitológicas desde la de Eco y Narciso a la de Céfalo y Procis.

En el siguiente apartado nuestra autora se cuestiona si ciencia, magia, la Cábala o la alquimia se hallan presentes en el palacio de Felicia. Analizando los libros IV y V de los siete en que se estructura la *Diana*, y que comprenden la tercera, cuarta y quinta jornadas, observa la profesora Esteva de Llobet “un esquema estructural aplicado al proceso interiorizado de perfeccionamiento moral y espiritual” condensado en dichos libros “que actúan como capítulos pertinentes para la consecución del mismo”. Y este sería –continúa afirmando dicha profesora– también el enigma de la *Diana* que quiero tratar de desvelar: que el arte transmutatoria del alma mediante operaciones compatibles con la Cábala y la alquimia es lo que se aplica en el palacio de la sabia Felicia al servicio del conocimiento y la realización espiritual, así como a la aspiración consecutiva del elixir de la eterna felicidad para sus adeptos”(p.231). Aquí se condensa una de las principales e inéditas tesis de la autora del libro sobre la *Diana*.

Mayor espacio dedica la profesora Esteva al capítulo IX de su libro, donde expone las claves estéticas de la obra devota de Montemayor, que incluye –como es sabido– el *Diálogo espiritual*, la *Exposición moral sobre el Salmo LXXXVIII* y el *Segundo Cancionero*. Dicha profesora, sirviéndose en parte de lo que ya expuso en los estudios preliminares del *Diálogo* y del *Segundo Cancionero*, en su libro profundiza en el contenido e interpretación de los citados textos, sobre todo ahondando en las diversas “claves” de dichos textos montemayorianos que nuestra autora detalla tomando siempre como referencia el profundo conocimiento que el autor portugués tenía de la Biblia, y que ella misma ha identificando y comentando. Ello se entiende sabiendo de antemano que la Biblia, incluyendo el Antiguo y Nuevo Testamento, que para Montemayor fue “el libro por antonomasia de su educación desde la más tierna edad” Añade Esteva de Llobet que “Esta familiaridad con el texto sagrado desde chiquillo nos hace pensar que sus orígenes, tan opacos hasta hoy a la luz del lector y de la crítica en general, arranquen probablemente de un linaje de judíos conversos (p.255). Asimismo, la Biblia fue igualmente la fuente más utilizada por los religiosos observantes de la *devotio moderna*.

Dicho todo lo cual, no es de extrañar que la autora del libro, muy impuesta en los referente a los textos bíblicos, haya desarrollado a lo largo del capítulo las citadas “claves”, sirviéndose, al principio de los dos interlocutores –Severo y Delio– de su *Diálogo*. Sigue a continuación un detallado estudio e interpretación del Salmo LXXXVIII, *Super Flumina Babylonis*, como también de la *Glosa sobre las Coplas de Jorge Manrique*; la exégesis en *Avisos de Discretos* y una paráfrasis del Evangelio de San Lucas.

El último capítulo del libro que nos ocupa trata de las “Incidencias literarias de segundo orden y otras fuentes mediatas de la espiritualidad” de Montemayor. Dicho capítulo, con su transversalidad respecto al resto de la obra, viene a constituir un complemento del anterior, insistiendo en que la figura del portugués queda situada en la línea de las “observancias religiosas reformistas, propiciadas por destacados franciscanos y dominicos, a la vez relacionada con una “generación de humanistas que participan activamente de la Reforma cisneriana (p.319). Así el *Diálogo espiritual* revela –según la autora ya anticipó en el estudio previo a su edición del *Diálogo*– “la gran impronta de la observancia franciscana y dominica. Y en el *Segundo Cancionero*, también en el estudio que precede a su edición del texto, dicha profesora sugirió la proximidad entre el *Cathechismo Cristiano* del dominico Bartolomé de Carranza y el citado *Cancionero* de Montemayor. Y a mayor abundamiento, en este mismo capítulo, Esteva de Llobet repara a continuación en una serie de aspectos dogmáticos que confirman la proximidad ideológica entre Montemayor y Carranza, aportando el testimonio de textos de ambos autores.

Un postrer apartado del capítulo trata de los “Comentarios, comentaristas y crítica textual”, centrándose en las diversas paráfrasis, reflexiones y meditaciones sobre la oración del *Pater noster*, añadiendo las exposiciones de diversos autores, como los evangelistas Mateo y Juan, San Pablo y de escritores contemporáneos de Montemayor, quien en su *Segundo Cancionero* aporta su paráfrasis de la citada oración. Y acaba la autora del libro vindicando que “Montemayor se merece un puesto entre los renovadores de la espiritualidad tridentina”(p.347).

Culmina el erudito y esclarecedor libro de la profesora Esteva de Llobet con un original colofón: *Epílogo. Así que, lector discreto*, en el que refiriéndose a Montemayor, termina afirmando: “Aunque interesante, diversa y sugestiva es su obra, su vida de exiliado converso y advenedizo, músico, poeta y soldado, no resulta menos apasionante y atractiva tras los pasos de una afanosa búsqueda del honor y la dignidad personal (...) y la naturaleza profunda y sincrética de su espíritu se erigen controvertidas en el contexto de nuestras letras áureas, como signos distintivos de su mérito creativo y de su alto valor humano”(p.353).

Y el libro se cierra con una amplia y actualizada bibliografía, a la que añade una serie de *Apéndices* como su *Glosa a las Coplas de Jorge Manrique*; parte del Salmo LXVII *Fundamenta eius in montibus sanctis*; las ya citadas *Epístolas* de Montemayor a Diego Ramírez Pagán y a Don Jorge de Meneses; *Los trabajos de los reyes*, y , por fin, los Índices generales.

RESEÑA HISTÓRICA DE LAS CRÍTICAS LITERARIAS EN TORNO A LA POESÍA DE OCTAVIO UÑA.

Por Julio Escribano Hernández

Octavio Uña Juárez nació en el pueblo zamorano de Brime de Sog, el 15 de diciembre de 1945. Poeta, sociólogo y hombre erudito. Está licenciado en Filosofía y Letras, Psicología, Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense y también en Filosofía y Ciencias Humanas y en Teología por la Universidad de Comillas. Como becario del Ministerio de Educación y Ciencia amplió sus estudios en Alemania, Inglaterra, Bélgica y Estados Unidos. Es doctor en Ciencias Políticas y Sociología con Premio Extraordinario de Doctorado por la Universidad Complutense en la que ha ejercido la docencia durante varios años hasta ser nombrado catedrático y director del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Rey Juan Carlos. Ha ganado cátedras de Sociología en las Universidades de Santiago, Castilla-La Mancha y Pontificia de Salamanca y de Filosofía con la más alta calificación en Institutos de Enseñanza Secundaria. Es presidente del Instituto Ciencia y Sociedad y es director de la Revista de Ciencias Sociales Barataria. Ha sido profesor de la Escuela Diplomática y del Seminario de Estudios Hispánicos en las Universidades de Carolina del Norte y California; del Ministerio de Defensa (CESEDEN) y visitante invitado en gran número de universidades españolas y extranjeras: Italia, USA, México, Francia, Argentina, Venezuela, Colombia, Puerto Rico, Costa Rica, Egipto, Irak, Australia, Angola, Nueva Zelanda, Arabia Saudí...etc.

A ninguna persona dejan indiferente los versos de Octavio y menos aún a quienes nos vemos gratamente sorprendidos con cada una de sus publicaciones. Escritores con Premios Nacionales de Literatura, profesores de Filosofía, catedráticos, periodistas, sociólogos, historiadores y cuantos se han acercado a sus escritos han podido valorar la fuerza de la palabra, el equilibrio sonoro del lenguaje y la profundidad e inmensidad del conocimiento humano en el dilatado quehacer del poeta Octavio Uña.

Germán Ubillos Orsolich, Premio Nacional de Teatro, presentando en El Escorial la ya conocida antología poética *Castilla, plaza mayor de soledades*, consideraba a su autor en su mundo poético, “un mundo personal, subjetivo, ideal y uno, más allá de los vaivenes políticos” y se admiraba por la deslumbrante perfección

del mismo. Manuel Andujar, también Premio Nacional de Literatura, ha elogiado los antológicos poemarios en el “microcosmos sanlorencino, al que ha dedicado siempre Octavio Uña académica y generosa existencia”. El periodista Eloy de Prada, en el salón Viriato de la Casa de Zamora, evocaba al río Tera, de hondas “saudades” lleno, y a los prados dionisiacos del Valle de Vidriales, paisaje inolvidable en Octavio, “hombre de bien para quien Castilla tiene su mejor arma en la palabra”. El filósofo Enrique Buendía afirmaba en un meditado artículo que “lo característico del verso libre de Octavio es recordar que las palabras fueron canto, y convertir en esencial lo que pinta”.

Ramón Nieto, celebrando el Día del Libro y el Día de Cervantes, en el 2004, en el Cafetín Croché admira la inmensa obra de Octavio y confiesa: “para mí es un honor considerarme su amigo”. El periodista Gerardo González Calvo nombra con predilección y simpatía a dos poetas zamoranos, que llevan nombres de emperadores romanos, Claudio Rodríguez y Octavio Uña, cuyo reino no es de este mundo, “pero lo hacen más humano y asequible con la belleza y el don de sus palabras”. El catedrático y escritor José Manuel Prado Antúnez publica en *El Mundo* que Octavio integra en el conocimiento el concepto de Castilla y todos sus libros comparten el bien común de la poesía recia de sus gentes. Otro periodista, Manuel Pérez-Casaux, revela en su artículo publicado en *Información* de San Fernando (Cádiz) los giros de la singular sintaxis del Octavio Uña, “viajero cosmopolita, marítimo y aventurero”. La profesora de Sociología, Irene Morán Morán, da a conocer en la revista *Sociedad y Utopía* la aquilatada sabiduría del profesor universitario y poeta de *Crónicas del Océano*, “mensajero único de las irisadas luces y los múltiples sonos marítimos”, cuya voz resuena universal y magnífica. Antonio López Alonso, catedrático de Cirugía y decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Alcalá de Henares, presenta *Crónicas del Océano* y exhorta al poeta “no te desprendas ni un solo momento de Castilla; hasta en esa inmensidad, porque la mar si algo es, es inmensa”. También el catedrático de Sociología, Julio Almeida, recuerda el proverbio masai –un ojo que ha viajado es inteligente– y lo aplica a Octavio, “señor de la palabra castellana y española”. Otro ilustre catedrático de Sociología, Juan Maestre Alfonso, narra su experiencia con los poetas y define a Octavio como “el único sociólogo poeta. Octavio Uña un personaje de irrestrictos ámbitos de saberes y conoceres es capaz de escribir en el agua, de labrar en el mar, de interrogar al Océano y hasta de navegar por las áridas tierras castellanas”. El catedrático emérito de la Universidad de Carolina del Norte y escritor colombiano Ramiro Lagos cierra esta colección de artículos sobre la palabra poética de Octavio Uña con el expresivo título *Poesía de un humanista*, que recoge las palabras que pronunció en Madrid el 1 de julio de 2009, en las que vaticina: “Estoy convencido de

que Octavio Uña es un poeta clásico por sus triunfales avances marmóreos hacia la Academia y hacia el Parnaso...La poesía, lo hace volver al aire libre del mar, lo vuelve a sus aguas profundas para ensimismarse, hasta buscar su destino metafísico bajo las olas perturbantes de la vida”.

Espero que la presente recopilación de lo mucho que se ha escrito sobre Octavio Uña sea un soneto justamente laudatorio al sabio indiscutible y hombre de bien que limpia, fija, y da esplendor a la palabra.

I¹.

“Tenemos la satisfacción de estar hoy aquí reunidos para presentar *Castilla, plaza mayor de soledades*, antología poética de Octavio Uña Juárez, publicada con el patrocinio de la Excelentísima Diputación de Zamora. Esta muestra antológica recoge poemas de los libros *Escritura en el agua*, *Edades de la tierra*, *Antemural*, *Usura es la memoria*, *Ciudad del ave*, *Labrantíos del mar y otros poemas* y *Cantos de El Escorial*, todas obras del poeta y profesor. Tener aquí y entre nosotros en este acto de presentación a Octavio Uña, es algo emocionante y a la vez simbólico. Él ha pasado buena parte de su vida en este Real Sitio y sé que él lo ha sentido, lo ha vivido y lo ha defendido, ante fuerzas divinas y humanas con una tenacidad y un amor inigualables. Buena prueba de ello es ese libro bellissimo y emocionado que es *Cantos de El Escorial*, donde la quinta esencia de su Castilla reposa y se hace piedra dorada.

Pero antes de seguir es preciso, para los que aún no le conozcan, si es que hay alguno, aportar algún dato biográfico de nuestro protagonista. Octavio Uña nació en Brime de Sog (Zamora). Se licenció en Filosofía, Psicología, Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense, y en Filosofía y Letras y Teología por la de Comillas de Madrid. Es profesor titular de la Universidad Complutense de Madrid y lo ha sido de otras universidades e institutos. Profesor invitado en las universidades de México y de Auckland (Nueva Zelanda). Ha sido director de la Universidad María Cristina de El Escorial, y además de pertenecer a más de una veintena de asociaciones científicas y de tener obras traducidas a varias lenguas, es autor de ensayos como *Sociedad y ejercicios de razón*, *La comunicación en Karl Jaspers* y *Comunicación y libertad*, entre otras.

Como vemos, Octavio Uña reúne una compleja y profunda formación en Filo-

¹Palabras pronunciadas en el Cafetín Croché, en San Lorenzo de El Escorial, el día 10 de Mayo de 1990. Acto en el que intervinieron igualmente el escritor Manuel Andújar, Premio Nacional de Literatura, e Isabel Montejano Montero, escritora y periodista. Bajo el patrocinio de D. Manuel Míguez, distinguido animador cultural escorialense.

sofía, Sociología, Psicología y Teología. Pocos poetas existirán, creo yo, con tal preparación. Es por ello por lo que la poesía de Octavio asombra por su solidez y perfección deslumbrante, desde su primer libro, *Escritura en el agua*, fechado en 1976. Toda su obra va apareciendo en uno de los periodos clave de la historia moderna de España, desde la muerte de Franco, pasando por la transición, hasta los gobiernos socialistas de Felipe González. No obstante no se ve ni una sola referencia política en la obra, ni a la transformación de Castilla la Nueva y Castilla la Vieja, en Castilla-La Mancha y Castilla-León. Para Octavio, Castilla sigue siendo Castilla, la que ha sido, la que es y la que será; como Borges, se amuralla en su mundo poético, un mundo personal, subjetivo, ideal y uno, más allá de los vaivenes políticos. Esto es encomiable a mi modo de ver.

Pero me gustaría destacar que al margen de sus amplísimos conocimientos, “una de las mayores concentraciones de sabiduría que hemos conocido” –como dice Ángel García López–, lo más medular –como no cabría menos de esperar– en nuestro autor, es precisamente su cualidad de poeta. En ella, en la poesía, conoceremos a Octavio de verdad, su enorme sensibilidad, su gran bondad, su corazón sangrante para esa Castilla que ama y adora, en la que nació y por la que lucha y hace centro de su vida, la que no quiere ver abatida y yerta, “vieja mujer y tan violada”, “siempre vendida y comprada a bajo, inmundo precio”, dice en *Antemural*, ese largo poema reflexivo ingrato al corazón, porque la realidad no es grata y menos algunos recuerdos. Hay que tener presente la dureza de ciertas infancias y la de Octavio es una de ellas, “no fue fácil la vida, no fue fácil”. Esa melancolía unamuniana que, en recuerdos de nuestro protagonista, evocan a madre e hijo: “Madre, ya no cruza Castilla aquel heroico tren de mis infancias/ Muerta está, abandonada al fin de unos railes, en Zamora, / una máquina negra”. Pero el trabajo poético de nuestro autor no es siempre nostálgico, negativo, ni habla de una Castilla abatida constantemente, observamos en él una progresión creciente, una dinámica dotada de una fuerza cósmica, muchas veces mística, pues nuestro protagonista de hoy además de ser hombre moderno y dinámico tiene mucho de contemplativo, yo diría de reflexivo. Octavio para mí es un pensador, un pensador de la historia y de la vida. Se le ha querido emparentar con Bécquer, León Felipe y Antonio Machado, pero Octavio Uña es él, distinto, me gustaría decir que mucho más que eso históricamente hablando; a él, lo que le interesa es la utilización de la poesía para rumiar el devenir de la historia, el ineludible ritmo de los siglos, la inexorable temporalidad de la vida; aquí no cabe duda de que sus estudios filosóficos y teológicos han influido profundamente en su creación poética. El arma de Castilla forjadora de mundos –dice– es su palabra, y sólo a través de la palabra puede levantarse esta tierra erguida en los páramos y hundida en las soledades. El afamado crítico Flo-

rencio Martínez Ruiz dice que la palabra de nuestro poeta está forjada del hierro colado de las espadas medievales, pero también posee la lozanía de los cancioneros.

Un paso más lo da el poeta en *Ciudad del ave*, fechado en 1984. En este libro, con recursos estilísticos más que brillantes, el platonismo metafísico une en su reminiscencia la Castilla geográfica y mítica con Angélica, mito poético y amoroso. Angélica es la madre, la heroína, la Dulcinea, pero es mucho más, es la que prestará sus ojos y sus manos en el camino más allá de la muerte del poeta. Habría que hacer un estudio psicoanalítico profundo de los grandes poetas, qué fuerzas telúricas les han empujado a escribir, a comunicarse. Mi amigo Rof Carballo siempre lo dice: esas fuerzas salvíficas del inconsciente, que aparecieron en la infancia y antes de ella, luchan por empujar al poeta al paraíso. Octavio no quiere salvarse solo, quiere salvar Castilla, su cuna, sus recuerdos de infancia. Lucha denodadamente por reconstruirla en el recuerdo de *Usura es la memoria*, es el abanderado de ella en todas sus correrías y lo es, precisamente, porque es él mismo, parte de sí mismo, lo más medular. Pero el mundo pausado de este poeta se va abriendo a la par que conoce otras tierras, que viaja, como fue el caso de Rilke. “Viaja, Germán, no sabes lo que es contemplar la antigua Babilonia, Bagdad, las tierras Australes, México exuberante y mítico”, me habla igual que otro gran amigo que vive en Miami y que ya no quiere volver. Es por esto por lo que hay que albergar una gran esperanza en este poeta, que, siendo conocido en medio mundo, traducido y estudiado por eruditos, da la sensación de que no acaba sino de comenzar.

Todo lo que digo se ve, se palpa en *Labrantíos del mar y otros poemas*. Aquí el poeta de la reseca Castilla se abre al mar, símbolo de la vida; es también imagen de la eternidad, del sueño, de la infinitud Su inmensidad evoca la grandeza de nuestro espíritu, hace nacer en nosotros un vago deseo de dejar la vida para abrazarnos con la naturaleza y confundirnos con su autor. Cómo añoramos nosotros, hombres y mujeres del seco páramo castellano, el mar, sobre todo cuando vamos cumpliendo años. ¿Será porque del mar vinimos y al mar iremos a morir?

Unamuno y Juan Ramón hablan mucho del mar, también Pedro Salinas. Aquí, en *Labrantíos* el lenguaje simbólico de Octavio coincide con el de D. Miguel en que ambos encarnan en el mar el fin último, pero se diferencian: mientras que para el Rector de Salamanca constituye la esencia de su inquietud, para nuestro protagonista es el motivo principal de plenitud. Para Salinas la plenitud se sitúa en la inmanencia humana, mientras que para Octavio esa plenitud es la trascendencia. Vemos aquí lo que de positivo, esperanzado y constructivo tiene esta voz de Castilla.

En dos poemas de este libro quiere dejar a sus amigos en herencia el mar. En el primero pide que le sumerjan en el mar, en ansias de infinitud: “ Hoy miro y muero

en el mirar, que brilla / en ansias de infinito”. También al remontarse a un tiempo de leyenda, lleva al poeta a lamentarse por la situación del hoy vivido. “Que llena de los dioses va la mar, más hoy se esconden / porque triste es el mundo”.

Como les decía antes, la figura de Angélica, símbolo de amor, aparece en ese viaje más allá de la muerte en el que el poeta desea que sea ella su brújula.

Quiero sus ojos por timón,
su voz por mi memoria.
Angélica era abril:
de espuma y cántico
(¡La mar era mujer!)
Viajero, ve:
cuelga su pecho como estrellas cuelgan
dulces del cielo.

Termina la antología que presentamos, *Castilla, plaza mayor de soledades*, con una selección del libro *Cantos de El Escorial*. Aquí pasó nuestro amigo muchos años de su vida, no seré yo quien desvele las vivencias, sentimientos hondos, meditaciones, alegrías y sinsabores de tantos años, sus sensaciones repletas en el recuerdo; esa magia, ese misterio petrificado que tiene El Escorial de belleza inefable, donde este presentador de hoy pasó también gran parte de su infancia y juventud. Este lugar sin duda elegido con lupa por un gran rey, en enclave bellissimo y privilegiado, de aire transparente y velazqueño, diáfano pero también misterioso si cabe en las noches de luna. Octavio Uña va desgranando esas vivencias profundas en *Cantos de El Escorial*, sólo por este libro conmovedor merecería la pena hacerse uno con *Castilla, plaza mayor de soledades* y recrear la mente y el alma en él, hoy que estamos tan necesitados de buenos poetas, en este mundo tan materialista y metalizado.

En fin, señoras, señores, amigos todos que compartimos esta velada; dichas estas bienintencionadas palabras, pues nunca se puede comentar debidamente a una obra y a un autor, les dejo ahora con Octavio Uña Juárez, nuestro querido escurialense, que sin duda les hará paladear algunos de los incontables valores que posee su recién publicada antología.”

GERMAN UBILLOS ORSOLICH
Premio Nacional de Teatro

II²

“Toda la secular variedad hispánica –¡cuántas vicisitudes a través!– ha concurrido a la naturaleza de lo que llamamos ya canónicamente Castilla, un tanto o un mucho a efectos del famoso pensamiento de Ortega y Gasset, cuya raíz de inmediato perceptible, incluso con su irradiación “Castilla hizo a España”. Y por extensión deducen algunos, los representantes de turno, que el “ruedo ibérico” es una consecuencia del muy alabado y poco justipreciado pensamiento imperial del maestro por antonomasia de nuestra centuria de próxima sentenciada extinción.

Ejercicio en llamas de conquistas alternantes, de contraposiciones perpetradas de tinte a unto autoreverencial, palenque de mestizajes y modalidades lingüísticas, establecidas por las movedizas singularidades con los acusados rasgos en pugna endémica, basilisca, de ilustre cuando no arisca cruzada; doctrinaria, todo ello en la laboriosa y popular acción de un tránsito histórico salpimentado de frecuentes crueldades y respiros, apenas de parvas coincidencias de dilemas y pesquisa de puerilidades, más o menos adolescentes, en el utópico horizonte de aquella regimentación, mal urdida y de bastantes desafueros, de esos polvos estos léxicos, dolencias y angustia pendientes. Cumple volver a formular los triunfos y frustraciones, las impermeabilidades y halos legendarios. También podría afirmarse que a Castilla la han “confederado” y que a su ruta histórica de pueblo entre hidalgo y llano han cooperado las colectividades corrientes y aledañas del entonces mundo ibérico, sembrado de fortalezas, e inveterada pleamar. Es curioso observar para la misma caracterización cómo se ha grabado un friso de sinonimias, por ley de paisaje, incluso en el proyecto trunco. A pesar de los pesares de comunidad terruñera y de panoramas cortados a pico y carcomidos de transcendencias, cuévanos de lisos cielos no sólo se adhieren al prodigio de su firmamento cósmico y estelar, sino que necesitaron inventarlo como sueño de vida. Invoquemos a Calderón, Unamuno, Antonio Machado León Felipe y Enrique de Mesa. Ampliable a toda la generación de 27, que sentara cátedra.

Un conjunto humano de tales injertos y tonadas, significa aleación de contrastes, cantidades, cualidades, una fuerza de atracción que la estrenada colectividad no puede ni le será factible esquivar, y se refieren al pensamiento gallardo y al arpegiado lírico de aquella hermosa lengua rica en acotadas parcelas, pródigas en severos estoicismos y señoríos, que han creado una orgánica naturaleza.

² Palabras pronunciadas el 10 de mayo de 1990 en el Cafetín Croché de San Lorenzo de El Escorial por Manuel Andujar, quien presentó con Germán Ubillos e Isabel Montejano el libro de Octavio Uña Juárez *Castilla, plaza mayor de soledades*.

En esas alturas constitucionales sobreviene, avanza desde el Sur tras su peregrinación norafricana, una revulsiva facultad de mestizaje, terrenal y espiritual, nervudos los brazos y ardientes proselitismos de cuño religioso. Lo hago constar ahora, nuevo embate contra la desmemoria que nos encierra, en apelación también a la danzarina rumia catalana, sin la cual, con sus auras provenzales, nos faltaría un capital elemento ilustrador e integrador. Y para economía de reiteraciones, omito hoy la criba de temperamentos y culturas que de frente, perfiles, nuca y cráneos hendidos nos dibujan. Sumad las expediciones almogávares, que articulan los espléndidos panoramas que la sabia pluma de Luis Nicolau d'Olwer agrupara en *La mar brava*. Agregad los vientos atlánticos que en marejadas nos salpimentaron, simbolizado ello en Eça de Queiroz, Fernando Pessoa, del que directa noticia recibí en los tiempos de la dictadura primoriverista, y a Rosalía de Castro y Eduardo Dieste y empezaremos a tener aproximativa noción de nuestra enmadejada nacencia. Advierto, y excusas pido, que me distancié del principal objeto de nuestra congregación: los antológicos poemarios de Octavio Uña Juárez, tan relevantes en este relacionado, en estar y ser, con el microcosmos sanlorenzino, al que ha dedicado siempre Octavio Uña académica y generosa existencia. Son sobrados motivos para este predio de amistad cordial y simpatía. Testigos, mudos o contemplativos, del palpito de los cantarinos fulgores de sus brotados versos, percibiremos –por audición– el rezumar de viajes y un asomo de tenaz misticismo y cálido encariñamiento con su trayectoria de generosa y pronta didáctica. Hogareño amor éste que debería hermanarnos en labores de brillantes fastos académicos de un cálido y recatado amor respecto a la lengua que todavía nos cobija. El renacimiento de válidos arcaísmos insertos, vivaces aún en los vastos contornos de Castilla la llana y en sus oleajes de adobes y eras y en unas comunidades también festivas cuando los ritos locales y el calendario lo prescriben, Ortega y Gasset intuyó, vislumbró ese carácter mixto duramente estratificado. Predios resecaos y castillos en ruinas, apenas rememorados, pugnan sus alientos en esta alma peculiarísima. De castellanas estepas y levantinas feracidades procede la ley del contraste de unas españas desgarradas, cuyo entretejido esparcía una de nuestras claves. Disculpad este inexcusable paréntesis –o puntualización–, indispensable para volver a pensar el sentido de nuestro ser y estar, las ásperas instancias de Castilla la Nueva y la Vieja, de su arrimado León, que por estas vías se recibieron los fueros, de corto bien municipal, vascongados y de las seculares herencias forales, de marcada traza jurídica. Como saetas, décadas y azares a través, habían ascendido, con talante ya europeo, fonéticas andaluzas.

De nuevo pido que disculpéis esta efusión. Y que justifica el ambicioso rótulo segoviano de Anselmo Carretero, “España nación de naciones”. Lo mismo reza, en

sustancia, para la antología de obras poéticas que con el rótulo de “Castilla, plaza mayor de soledades” nos ocupa hoy. ¿Acaso, me pregunto ahora, es concebible y plausible un pueblo castellano desguarnecido de plaza, pórtico y soportales? Disculpen los amigos la licencia de traer a cuento los entresijos de las Españas en esta grata circunstancia. Y dejándonos llevar, en los versos que nos han concitado, junto a la sombra tan conmovedoramente frailuna del Padre Antonio Soler.

Porque hay en estas “compañías” y “soledades”, en estas páginas lúcidas y lucidas, de clara índole existencial, el intento de captación paradigmática, el pasmo entero y vital que les corresponde, en claro verso de consagraciones. Tomemos esta letra común en tanto que ejemplaridad y modelo genuino: el verdor de unos cánticos, dentro de la inefable escala de las invocaciones, raíz infantil la suya, del poeta Octavio Uña. Singular confesión de autor, que nos llevará a la sintaxis literaria de las pletóricas huellas. Agradecemos a los acordados parajes su brío de inspiraciones y nos habremos encaminado hacia la nueva formulación del armónico humanismo al que el siglo nos emplaza, si no nos resignamos a mustiedad senil y abdicación de esperanzas.”

MANUEL ANDÚJAR

Premio Nacional de Literatura

III

“Sean bienvenidos a la Casa de Zamora, en esta anochecida del mes de marzo, cuando acabamos de estrenar otra nueva y prometedora primavera que, en la ocasión presente, se nos antoja como nacida para alfombrar de aromas y verdes y para servir de marco singular y frondoso, como las orillas de nuestro río Tera y los prados vigorosos del Valle de Vidriales, el nacimiento del libro Castilla, plaza mayor de soledades, del que es autor un gran poeta paisano nuestro, Octavio Uña, con cuya presencia física y con la de ustedes, por supuesto, se engalana este salón Viriato y se llena, por tanto, de júbilo y de fiesta.

Francisco Octavio Uña Juárez –Paco, para sus familiares y amigos de la infancia– nació en el pueblo zamorano de Brime de Sog, un lugar entrañable y hermoso, donde las uvas blancas de “redondal” y las tintas de “picudo”, nacidas en las viñas de “Las cuestas” y “Termanillo”, o en las del “Carril de Pozuelo”, maduran al solano de cada otoño en amigable y hermanada camaradería, para convertirse primero en sabroso y codiciado postre y más tarde, tras la fermentación oscura y reposada, en este delicioso vinillo “Ojo de gallo” de inimitables transparencias que, con los

grados precisos y el apropiado “buqué”, ha servido para hacer más famosa esta bella comarca zamorana.

Unos pagos que Octavio recuerda con su amor más profundo desde que, siendo niño, en unión de sus vecinos del “barrio de abajo” andaba y desandaba diariamente, para ir al colegio, el llamado “Camino de la iglesia”, a la sazón poblado de chopos, de álamos, de negrillos y de no pocas y alegres peripecias infantiles. Octavio Uña, que transitó con extraordinaria brillantez por la senda de la aplicación y de los estudios permanentes, cargado de licenciaturas y Doctor y Premio Extraordinario por la Universidad Complutense, ha ampliado sus estudios en Alemania, Bélgica, Inglaterra y Estados Unidos, habiendo sido becados dos de sus expedientes por el Ministerio de Educación y Ciencia.

Nuestro poeta ha reiterado su ánimo viajero por estos lugares de su predilección: Sintra, Torino, Florencia, París, Brujas, Berlín, etc. etc. y, además de en los más prestigiosos de España, sus lecturas y recitales han tenido por escenarios la Bienal de Venecia, los Festivales de Poesía de Bagdad y Babilonia y las remotas tierras de Nueva Zelanda, Australia y México, donde visitó la casa de León Felipe y pudo contemplar, no sin emoción, una vieja fotografía de la iglesia de Tábara, presidiendo la estancia.

Conferenciante de docta palabra y escritor documentadísimo, ha ocupado internacionales tribunas literarias y ha publicado artículos y ensayos tanto en la prensa diaria como en las revistas especializadas. Han nacido, también, de su lírica pluma además de la antología que hoy les presentamos con el título *Castilla, plaza mayor de soledades*, los libros de poemas *Escritura en el agua*, *Edades de la tierra*, *Antemural*, *Usura es la memoria*, *Ciudad del ave*, *Labrantíos del mar*, *Cantos de El Escorial*, *Mediodía de Angélica* y alguno otro que, seguramente, escapa a mi memoria; todos escritos con singular belleza y galanura.

Este es, amigos y paisanos, en apretada síntesis, nuestro invitado de hoy, un lujo para los zamoranos y para los socios de nuestra entidad, a la que pertenece desde antaño; un hombre de bien para quien Castilla tiene su mejor arma en la palabra y un amigo entrañable a quien me atrevería a designar como un soñador de Castilla y de Zamora, dado su gran amor y constante desvelo por estas tierras nuestras, anchas y luminosas, de cuidadas besanas y ondulados campos cerealistas; de cielos estrellados y auroras perfumadas que él ha vivido en la silente Peña Trevinca o en el bullicioso y rizado Lago de Sanabria; de casas solariegas de tapias y adobes donde la tierra se alza como un monumento vertical a las generaciones; de frescas y horadadas bodegas en las cuales, como hemos dicho, se escucha fermentar el vino mientras llega el invierno sembrado de matanzas y de escarchas; y sobre todo de unos anímicos lugares campesinos donde viven unos hombres y unas mujeres sen-

cillos, trabajadores, honrados y cristianos que, tras la arada y la gera de cada día, después de amical charla en la solana, arreglado el ganado y puesto a la lumbre, para la cena, el puchero de barro, asistían fervorosos a la Novena o bebían despreocupados en la taberna un vaso de buen vino en apacibles y animados coloquios. Esta es la tierra donde nació Octavio y a la que quiere sin posible medida.

El análisis de la obra poética de Octavio Uña, a quien agradecemos vivamente esta nueva presencia en nuestra Casa –en su Casa– y el espiguelo de los poemas que componen la Antología que hoy se estrena, van a estar a cargo del Profesor de Filología, crítico literario, periodista y escritor Francisco López Barxas, a quien saludamos con toda cordialidad y afecto en esta su primera aparición en la Tribuna Literaria de la Casa de Zamora en Madrid, en nombre de la cual le expreso nuestra satisfacción por habernos visitado en esta noche de marzo en que vamos a gozar, juntos, con el verso y la palabra de Octavio Uña Juárez.

Agradeciendo nuevamente su presencia en esta sala, señoras y señores, les diré para finalizar:

Cuando crece, fecunda, la semilla
 en surcos de aradura y de verdades,
 una Plaza Mayor de Soledades
 se alumbra por los campos de Castilla.
 Es la pluma de Octavio la que brilla
 cantando a una región que le enamora;
 y es su voz doctoral, ancha y sonora,
 la que sembró las tierras y los mares
 de versos y emociones, de cantares
 nacidos en los pagos de Zamora.”

ELOY DE PRADA
Escritor y periodista

IV³

“Hijo del confín zamorano de ubérrimas voces, de Brime de Sog, en las amarillentas márgenes del Duero, el río de Castilla, Octavio Uña ha compuesto, en tiempos malos para la lírica, un libro de poemas inquietante y leve como una anunciación. Conciso, nunca confuso, aún en las licencias sintácticas o en las imágenes gongorinas, deudor en parte del estilo que inaugura el *Cántico* de Guillén, sus pasos de peregrino dibujan un mapa sentimental, que no geográfico, siendo el paisaje su revelación

³ Texto enviado al autor, a propósito de *Castilla, plaza mayor de soledades* (4ª edición. Dykinson, Madrid, 2001, 265 pp.), por Enrique Buendía, Profesor y Doctor en Ciencias Políticas y Sociología.

y el texto el lugar de la iluminación. Tierra de campos, sol de Sayago, torre vieja de Arévalo, “fiesta del aire la luz sobre Medina”, “Torre del gallo que dicta trasmigración de las almas”, el viaje de Fray Luis entre Belmonte y Dueñas “bajo el Carrión que siembra amor o sonos sobre el campo”, viva la vid de Toro y el vergel del Tera, Candelario, Sanabria con su mar, Sahagún con clámide blanca, pasando un puente el Arlanza o la puerta de Ávila, hasta el aire de Gredos con la música del mundo, por la Nava de Barco de Ávila hasta el “Escorial, lunas te salven”.

¿Quién canta con “verbo dulce y al vuelo” en tiempos de tanto menosprecio de Castilla, tomando sobre sí un legado tan funesto en una plaza desierta donde los ángeles descalzos rondan altivos las cumbres?

“Nadie habita este amor.
Todos se fueron.
Nadie habita este amor. Espadas solas”

Yo escribo, Octavio, desde Mérida, donde Castilla pierde su demarcación por gárrulas autocomplacencias administrativas, al inicio de las fiestas de Dionisos o del niño rey, “Angélica, los dioses más hermosos habitaron/ siempre en invierno”. Esta iniciación a Castilla no deja de ser mortificante para quien se formó en Arévalo y hoy habita la desmembración de un “pueblo sin nombre/ sin cielo, pueblo”, un dios de anchas espaldas y tobillos ligeros precisa Castilla, que sin mar, se desvanece en las riberas del pentagrama ibérico. “Mira la mar y muérete”, oye el peregrino en busca del “árbol de la nueva memoria”, “Te dirán que fue gloria y ya no puede/ traer sus esplendores hasta nuestra mirada”. ¿Es la voz antigua de la tierra o un empeño poético por salvar lo histórico con una filosofía escéptica, la sagacidad de un alma, enamorada de su herida o el que cumple con la palabra, “el arma de Castilla?”

Huyendo del fárrago de lo grave y el empalago del soniquete, el verso de Octavio acomete lo absoluto con notable concisión, no exento en las enumeraciones de eficacia narrativa:

Cúdate caminante
de los largos surcos de la sementera,
quizá se meta un grano en tus entrañas y te nazca
y seas piorno o cardo o mansa manzanilla
o retama o cantueso o amapola
o melisa o poleo o cálamo o caléndula
o llantén o betónica o angélica
y, si espiga...

La luz de las metáforas (“Mayo, milagro de la miel, mas dios de un día”) o la trascendencia de las descripciones (“Puente romano: hacia el Duero/ siempre la

misma mirada”) invitan a la celebración de los símbolos cuando la voz se hace queda: “Otro vaso de vino, amigos, que me siento/ nacido de este instante” y el deseo no es otro que de inmortalidad: “Y serse siempre así, como el instante/ primero que te hizo”.

Sin duda para un poeta es principal la educación del oído, la continencia del verbo, la obsesión del ser o de la patria. Lo característico del verso libre de Octavio es recordar que las palabras fueron canto, y convertir en esencial lo que se pinta. Recuerdo en una ocasión que le llevé unos poemas rimbombantes de adolescente, que benignamente comentó, aconsejándome abandonar el término “perenne” por ser poco poético. “Y sin embargo, vive poéticamente el hombre sobre la tierra”. Habitante del olvido y amante del recuerdo y de las voces, “oh la sed de eternidad, la sed del llano”.

Este florilegio de poemarios no disgustaría al rector de Salamanca, ni a otros, que desde la sombra miran, “diosa o ave”, que la lengua los reúne. La poesía desde Píndaro hace bueno a quien la atiende, e infunde el deseo de mejorar en virtud de nuestra condición de seres sociables, ni más ni menos que hombres, no ángeles o bestias, sino deseantes de verdad y de belleza.

“Sólo un poeta alumbrará a los naufragos”, dice a un país donde su política es consecuencia de la mala fama, o la mala fama de su política, que no es otra cosa que el desaprecio de la palabra. ¿Será la mala conciencia de no dejar hablar una identidad lapidaria que los muertos vencen con la letanía de las horas o una batalla de aire y acento contra el atroz olvido, una “esperanza contra el viento”? Hasta qué punto es un anhelo lícito Castilla, cuando tanto se sufre en las provincias con sus asperezas y asustan los pueblos ribereños con echarse al mar. Alma o espectro de una nación dolorida. “Hoy no es ayer. Levántate Castilla”. Un comienzo tras el perdón y la reconciliación, mientras adivinamos el carácter santo de la alianza. Orgullosos de variadas mitologías, la tragedia de la libertad libramos cuando aún no se han descrito de par en par las puertas del día y de la noche. El hombre es grande porque duda, pero ahí no acaba todo, sino en la confianza noble. Como el mago del Señor de los Anillos ante el demonio antiguo de la tierra: “¡Marchaos, insensatos!”, grita antes de precipitarse al abismo. Poneos a salvo de las potencias interiores, inferiores, infernales e iniciad a devolver el anillo de Gijes que hacía invisibles a los malvados y poderosos sólo a los animales. Guardad unos a otros la libertad y ésa será vuestra promesa de crecer y ésa será vuestra misma lengua, como la ley rige la imaginación y las cosas. El cántico es la tarea perfecta al quehacer de ahondarse, la iniciación infinita de comprender la edad dorada de nuestros libros, de esculpir con el pedestal del aire la hondura de una fuente de la memoria usurera.

Por último, el poeta arriba al fragor del tiempo: “Fuimos sólo una vez/ y parcamente”, pues “el tiempo/ sin labios al amor que fue la muerte”, no nos concierne. Con singular fórmula el “tiempo es de ayer y si mañana llega/ hoy es y siempre”. “Todo llega y ya fue (...) Viene lo mismo y va, / llega igual y retorna, mas oculta/ sus rostros y su nombre”.

Entre el “Dios por siempre al alba” de *Labrantíos del mar* y la presunción: “Ya nada sucedió” de estas *Crónicas del océano*, media el arco que describe la paradoja de un dardo atravesando el infinito y no alcanza retemblante su quietud. En cuanto a Castilla parece venirle bien la advertencia de Zaratustra: “Tú quieres ir a la altura libre, tu alma tiene sed de estrellas. Pero también tus malos instintos tienen sed de libertad” En cuanto al arquero, recordarle su verso: “Algún atardecer la tarde serás tú”.

ENRIQUE BUENDÍA
Profesor de Filosofía

V⁴

Día del Libro en Croché

“No hay mejor fecha mejor, lugar para celebrar la publicación de un libro de poesía escrito por un amigo a quien se admira. Para mí es un honor considerarme su amigo. Hoy es el Día del Libro en Croché y el Día de Cervantes en Octavio Uña. Durante una docena de años nos hemos visto poco, apenas un par de veces al año. Pero en el transcurso de esos tan espaciados encuentros –casi siempre en torno a una mesa exquisitamente servida, en cenas que se prolongaban hasta la madrugada– he tenido con él largas y anchas conversaciones, que podríamos llamar “oceánicas”, adjetivo que cuadra perfectamente con el título de esta joya poética que tengo sobre la mesa.

La frondosidad y el caudal de esas conversaciones es difícil de olvidar. Viajábamos mental y verbalmente hacia el Cercano Oriente, y tratábamos de explicarnos a través de la historia y de la religión la realidad geo-socio-política de la región. Nos movíamos por los Balcanes con recuerdos y experiencias que explicaban muchos de los aspectos dramáticos de tantos conflictos interminables. Nos atrevíamos a adentrarnos en las rutas de Marco Polo, o en la expansión árabe, o en el imperio carolingio, o incluso en la descolonización del África negra (ahora llamada subsahariana), Estados Unidos y la América hispana nos ofrecían coincidencias espaciales y literarias a la vez, y la Europa del Renacimiento, y París, y la expansión de

⁴Palabras pronunciadas por Ramón Nieto, escritor, en el cafetín Croché, en San Lorenzo de El Escorial, el día 23 de Abril de 2004. Acto en el que intervino igualmente, leyendo un elaborado texto sobre la producción poética de Octavio Uña, el profesor y poeta José María Suárez Campos.

Grecia por el Mediterráneo, con muchas lecciones que él me daba sobre los dioses griegos, tan citados por él en sus libros...

No podían faltar en esas conversaciones los temas de raíz española: Galicia fue quizás el más socorrido, pero también Castilla, y el País Vasco con sus bosques abigarrados de raíces remotísimas, y la influencia árabe en Andalucía y en otras latitudes, y siempre el paisaje, esa variedad infinita desde Finisterre hasta la Costa Brava, desde Cantabria hasta las islas Canarias, que a ambos nos pellizcan el corazón. Naturalmente, no es sólo un buen conversador. Es también un excelente orador y un admirado profesor, querido por sus alumnos. Pero es, sobre todo, un gran poeta. Pensaréis que a qué viene este desperdigarse por recuerdos remotos. Tened un poco de paciencia, pues como pasa en la técnica novelística o cinematográfica, los diferentes hilos acaban desembocando en el meollo de la trama. Por este camino indirecto voy a intentar penetrar en las entrañas de este libro.

Este aventurarse por las grandes extensiones, por los grandes problemas, por las grandes estepas, y con el mismo fervor detenerse en las flores con que el campo saluda al mes de abril, en los mojones de piedras que alfombran las montañas, en el sonido acariciante del discurrir de los ríos entre la maleza otoñal, en la campana que suena no se sabe para qué, en la nostalgia prematura de un beso perdido, refleja, en cierto modo, la entrega de grandes espacios y de pequeños lugares íntimos que contiene este libro. Dos versos describen a la perfección lo que quiero decir:

Todo limita al norte de tu sien.
Todo termina al sur, donde tu pie te alza

Al norte de la sien, al norte del cerebro, está ese universo casi infinito que traspasa Octavio Uña con su pensamiento, con su inteligencia, esa comprensión del mundo, tanto desde las distancias físicas como de las temporales, es decir, las de la Historia. Y al sur, con los pies en la tierra, se encuentran esas reminiscencias de los poemas que suenan como coplas, publicados por Octavio Uña hace casi 20 años (por ejemplo, en *Castilla, plaza mayor de soledades*) y la incursión del poeta en lo más profundo de la naturaleza y el hombre, una especie de ejercicio ascético que en ocasiones arrastra hasta el agotamiento físico.

Quizá por ser consciente de esta doble faceta de su poesía, reúne Octavio, al final de este libro, en la sección que llama "Posludio", fragmentos de poemarios anteriores que nos recuerdan de dónde proceden sus inquietudes vitales. Hasta leer, por ejemplo, "Lago de Sanabria", o ese arranque deslumbrante de "Tahonario": "Yo nací en el oeste de los días, donde el Tera/cristales gime de una estrella rota...". Hay también constantes referencias al mar, desde sus primeros poemas: "Si vas al mar", "El mar os dejo", etc. Y sería imperdonable olvidar ese libro de 1986

titulado *Labrantíos del mar y otros poemas*, que podemos considerar precedente de este libro “oceánico” que tenemos ahora entre las manos. No es un mar solitario el de Octavio, sino habitado. En un poema de la tercera parte de este libro podemos leer: “Si te quieren, tal vez, que sea en la mar”.

En el conjunto del libro nos enseña algo tan simple y tan complejo como que la vida es un mar, un río, un devenir, un decurso que se extingue a medida que se respira. Una inmensidad y, al mismo tiempo, un toque que nos lleva al individuo, a esa persona que es el autor. Por eso nos trata a veces con familiaridad, como en estos versos:

Que un poeta, te digo, no debiera
jamás mirar aquí
en “Al sur del Sur”, o
Era un Rolls Royce, digo, vivo, negrísimo...
en el poema “Mission Bay”.

Es una forma de evitar el distanciamiento de los dioses, que tanto preocupa al autor. En un poema del libro quinto de *Crónicas del Océano* podemos leer: “Siéntate/ a la vera del mar a ver pasar los dioses”. De Australia a Zamora, dentro de esta dualidad de los extremos, Octavio Uña tiene la habilidad, o la maestría, de unas veces mecemos en sus versos y otras veces erizamos la piel. Y no olvidemos su obsesión por el tiempo, por el fin y el principio de las cosas.

Y hasta hubo señores potestades que dijeron
haber vencido en piedra
al mismísimo tiempo...
leemos en “Milenio”.

Y “junta tiempo a los labios,” se lee en el bello poema australiano que figura en la invitación de este acto. Quizá el equilibrio o la síntesis se esconde en estos versos del poemario “Milenio”

El día en que tu nombre se pronuncie
mirando hacia la tarde levantada
por las manos del Duero,
...como el dios tú serás:
ya sobre el tiempo.

A esa inmaterialidad del transcurso del tiempo opone Octavio Uña la materia volcánica, que es a la vez el fin y el principio de las cosas. Cita más de una vez al Etna, al pueblo de Garachico en Tenerife, que fue sepultado por la lava del Teide, al drago que mira hacia el “volcán” o a “las risas de volcanes remotos”. Por cierto

que en los poemas escritos en Canarias la poesía se inflama de amor y el amor de poesía, como en ese emocionante “Anaga”, que encontramos en este libro. Pero de Canarias hablaremos otro día; hoy ya va siendo hora de que ponga punto final. Aunque es difícil, pues habría tenido que referirme a todas esas ideas capitales en la obra de Octavio, las palabras que se repiten más veces en sus versos, como éstas que sólo voy a enunciar: luna nueva, dioses, sueños, estrellas, noche, el paso de las horas, el futuro, el pasado, que es igual a haber muerto, la luz, el tiempo, relacionado también con la muerte, el río, los labios, el amor, el mar... Amor o mar sin tiempo, dice un verso de “Del monte en la ladera”. He aquí, en un solo verso, tres palabras clave: amor, mar, tiempo.

Como veréis, es prácticamente imposible simplificar en un puñado de minutos la poesía tan compleja, tan densa, tan plagada de matices y de escenarios históricos y culturales. Sólo puedo transmitir lo que he sentido. Cuando pienso en la luna nueva sobre el Monasterio, también pienso en la mar, “A veces en la mar piensas si fueran/tan constantes los reinos de las cosas”, con las mismas palabras justas de este libro. Y cuando pienso en que los dioses me dejen morir en paz, también pienso en ese verso de una copla: “Yo vengo de un dolor y voy a otro”.

Temo no haber logrado transmitir la emoción que me ha producido la lectura de este libro inmenso, un libro que habla del océano, un océano que no tiene costas, un océano sin orillas. Muchas gracias.”

RAMÓN NIETO

Escritor

VI⁵

“Dos zamoranos, dos libros, dos poetas, dos exaltaciones. Uno, la *Antología* poética de Claudio Rodríguez, en edición del poeta Ángel Rupérez, que ha coronado un homenaje al autor de *Don de la ebriedad* en el Ateneo de Madrid. Tiene esta obra una gran novedad, el análisis de algunos poemas inéditos de un libro que se iba a titular *Aventura*. Clara Miranda, la esposa de Claudio, ha tenido la delicadeza de poner en manos de Rupérez unos originales todavía palpitantes, que no llegaron a la imprenta porque la muerte arrebató a Claudio de este mundo. Es bien sabido que Claudio Rodríguez era un poeta de producción lenta y que retocaba sus poemas

⁵ Palabras pronunciadas por Gerardo González Calvo en la Casa de Zamora en Madrid el día 21 de Mayo de 2004. Acto en el que intervinieron igualmente el escritor Juan Carlos Villacorta, Manuel Amador González, Presidente de la Casa de Zamora en Madrid, y Antonio López Alonso, escritor, Catedrático de Cirugía y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Alcalá.

con minuciosidad. Son poemas, por tanto, in fieri, pero que, como subraya Ángel Rupérez, mantienen el vigor poético del mejor Claudio.

El autor del otro libro de poesía es Octavio Uña, el sabio de Brime de Sog, titulado *Crónicas del Océano*. Dice él que nació «en el oeste de los días» y que «vengo de un dolor y voy a otro». Sabemos nosotros que escudriñó los riscos escurialenses, que olisqueó el brezo y la retama, que soñó en otros reinos con puesta de sol y amaneceres no imperiales.

En *Crónicas del Océano* fluye la zozobra del navegante, eterno viajero, y, como tal, curioso, para atrapar las sensaciones en versos “a veces” cortos, pero no por eso menos aguerridos y enaltecidos. Como palabras que arrulla el mar, para darles más brillo y profundidad, para depurarlas y ofrecerlas bien pulidas, sin más aditamentos que su propia sonoridad. En el mar todo suena y canta, todo embelesa, todo evoca finitud y grandeza, horizontes abiertos e inalcanzables, siempre a flor de sueño.

La tanda inicial de 18 poemas titulada “A veces” es un signo de humildad y de duda. No titubea Octavio; sugiere. “A veces” significa en algunas ocasiones, y da esquinazo a “siempre”, el adverbio de los soberbios y de quienes se bastan a sí mismos, enfocados en apodícticas certezas, que suelen ser sólo el celofán que camufla las grandes mentiras. Este “a veces” es el culmen de la sapiencia, de la madurez que da el buen conocimiento del ser humano y de las cosas vislumbradas en los vericuetos de la vida. Y así dice Octavio: “A veces se dispersan por la mar/ las letras de tu nombre/ (fonemas y monemas, aire alzado/ de tus leves moradas. / A veces se dispersan por la mar/ los blancos huesos/ de tu lenta memoria. / Que un arcángel final, lino en el cielo, con red tan barredera te concilie, y salve/ los restos del navío de tu herencia”.

En este acopio de aguas y de miradas, se funden ríos y mares, y fluye, cómo no, el “Duero, cauce y canal, camino de los antepasados” Es el Duero duradero de Claudio. Son versos no sólo para leer, sino sobre todo para beber a sorbos o a bocacaño, como el soleado y bien cuajado vino toresano, que el propio Octavio ensalza: “Vete con Dios, amigo, y que te den en vino/ el peso de tus pasos. / (Tira la piedra con el llanto al río/ que el Duero entrega al mar lágrima y pena)/ Vete con Dios del vino: / tuvo dicha y color el vidrio en Toro...”

No hay mar sin el néctar codiciado de la vida, que el astuto Ulises elaboró para derrotar al cíclope Polifemo. Y no hay viaje posible sin mirada absorta, de donde fluye la epopeya. Viaje de ida y de retorno, con pleamares rotundas y resacas de ensueño. En todos los viajes hay una Itaca de tierra firme, que espera, como Penélope, la vuelta del navegante. Es el principio y el fin de toda aventura humana.

Además de sus valores poéticos, *Crónicas del Océano* se nos presenta en una edición muy bien cuidada, por obra y gracia del Ayuntamiento de Zamora. Buen

ropaje para cuerpo tan gallardo. Y es bueno que la poesía no ande “a veces” no, casi “siempre” mendigando mejor papel y decente imprenta. A la poesía hay que vestirla de gala, porque, a la postre, es belleza en estado puro. Magníficas las láminas de José Luis Galicia, sobrino del poeta tabarés León Felipe. José Luis Galicia es pintor, escultor, poeta, cineasta y muchas más cosas. Adornan sus murales catedrales como Nuestra Señora de la Almudena y en este libro sus ilustraciones enaltecen los versos oceánicos de Octavio Uña.

Claudio y Octavio llevan nombres de dos emperadores romanos. Su reino no es de este mundo, pero lo hacen más humano y asequible con la belleza y el don de sus palabras. Gracias a ellos, es más perdurable.”

GERARDO GONZÁLEZ CALVO
Periodista y escritor

VII⁶

“Llega a nuestras manos el último libro de poemas del escritor Octavio Uña, *Crónicas del Océano*, el poeta zamorano que diera rienda suelta a su poesía allá en la década de los años setenta con sus famosos libros titulados *Escritura en el agua*, *Edades de la tierra*, *Antemural*, *Usura es la memoria* o la antología de sus versos *Castilla*, *Plaza Mayor de soledades*. Todos estos libros compartían el bien común de la poesía recia que versificaba a Castilla, pero sin imitar a las otras castillas, la unamuniana o la machadiana o cualquiera otra, sino que las complementaba con una voz novedosa, distinta.

Quizá porque era voz castellana; de la Castilla de más adentro y olvidada, de la Castilla al lado del Tera, que es río griego más que castellano porque retorna en círculos rítmicos la totalidad de Castilla, incluyendo a los afiladores gallegos, tan presentes en Zamora y en la poesía de Uña. Octavio Uña es a la par que poeta, y por ser poeta, sabio, con la sabiduría del que ama el conocimiento, el filósofo, pero que a su vez escritura la influencia del conocimiento en la sociedad, y es sociólogo de esta sociedad, y contiene en sí otras tres especialidades más. Y es conveniente señalar que la obra poética de Octavio Uña busca integrar el concepto de Castilla en el conocimiento (Hay un chopo centinela (...) él sabe de sementeras), pero también la oquedad de ese conocimiento y de esa Castilla provocada por el mal del tiempo (allí, en la gran ciudad, quizá no mueran (...) aquí, junto al adobe, un día, de repente, nace un hueco al banco de la plaza).

⁶ Texto publicado en *El Mundo* (*El Correo de Burgos*, 26 de abril de 2004, p. 29).

Pero su último libro *Crónicas del Océano* cambia la navegación por el mar de Castilla hacia otros mares y hacia otros lares, pues el conocimiento es universal y la verdad es que tanto da correr por los volcanes de Tenerife, en la muralla china, por lo que está más “al sur que el propio sur”, y, así, vamos viajando a lo largo del libro. De verso en verso, volando en un aire puro hacia el descubrimiento de cualquier lugar, en un lugar determinado donde la mirada inquisitiva y discerniente del autor Octavio Uña encuentre un motivo para la pregunta reflexiva. Para la reflexión que acaba en una pregunta inquisitiva, para el sentimiento que se transforma en conocimiento, para la intuitividad reflexiva y la reflexión intuitiva (esta hermosa medusa de agua dulce, ¡esta pobre medusa boca abajo! Dicen/ no hubo maldad, pero condenas sufre), (si te quieren, tal vez que sea en la mar).

Y navegamos del mar de Mármara hacia Thera y de Thera hacia el comienzo del Milenio en la gran muralla china, junto a una taza de té (este cinto de jade de Ding Ling/estos vasos y cobres de Xiao Jmg / dejan noche en los ojos y memorias / silencios de navíos / hundidos y remotos en el mar) y acaba en el sur que está más allá del sur, por ejemplo en Waitapu (que un poeta, te digo, no debiera / jamás mirar aquí) y terminar «sembrados por la mar y por la aurora»).

Y ahora se pregunta quien ha comenzado el viaje con Octavio Uña, ¿son novedosos estos mares que inhiban el mar de Castilla? ¿Cambia tanto el registro de voz poética de Octavio Uña que Castilla quede barada en el cielo azul y jade de un mar de trigales y olvidada? Y se me ocurre, y los versos vienen al caso, que como un Quijote, Octavio nos dice que aquello que allí ves no es Castilla sino un mar que nos llama para conocernos (ay! si fuere filosofía hablaríamos del ser que sale de sí); pero siempre hay un Sancho: “mire vuestra merced, que aquello que allí vedes es Castilla”; y así el libro vuelve a Zamora, a Castilla, a navegar de nuevo por ese Duero, que pudiera pintar Durero, exactamente a los sepulcros de Sansueña, las mortajas de Aliste.

Es decir, al verdemar de los chopos del Duero, que van a dar a la mar, pero retornan (que nunca que el ser saliera de si no volviera cabe de si: pero esto es filosofía) Oh mar, morir ante ti / Y en tus corceles mi alma. Revelaremos por último que las ilustraciones de las páginas de *Crónicas del Océano*, de José Luis Galicia, imprimen a los diversos poemas de Octavio Uña un fuerte golpe de viento, como si las llevara y las trajera de la ilustración al poema, del poema a la ilustración, en una sincronización de plumas (de dibujante y poeta).”

JOSÉ MANUEL PRADO ANTÚNEZ
Catedrático y escritor

VIII⁷

“De los apretados paseos por el viejo Patio de Letras de la Universidad de Barcelona, evoco ahora algunas frases sueltas del siempre recordado José María Valverde. De quien no fui alumno pero sí discípulo. Decía el sabio profesor que era cierto que el concepto de inspiración, puesto en circulación por los románticos, aunque no acuñado por ellos, no nos dice hoy nada. En el modo en que se solía aceptar, el trance de la inspiración es francamente apócrifo –decía Valverde–, pero tiene que haber algo que venga a ser lo mismo, pues sin eso la poesía y las bellas artes pierden su fundamento. Aparte de elucubraciones eruditas, lo más cómodo es seguir llamándolo como siempre: “inspiración” o si lo preferís “ocurrencia lírica”.

Hay individuos que están hondamente inspirados y otros que no lo están. Entre los primeros encontramos a Octavio Uña, según nos demuestra en su última entrega titulada muy felizmente *Crónicas del Océano*. Poemario que nos toca a los isleños, oceánicamente abrazados, muy de cerca. No es que Octavio Uña tenga de pronto una inspiración, al modo romántico, y escriba entonces, sino que vive él encerrado en este lenguaje en poema, su núcleo lo constituye su característica sintaxis, que podríamos llamar –en la esfera de lo conceptual o semántico– insólita, porque no se da sólo en la forma sino en los contenidos que acaban significando a su vez conceptos originales del poeta. Los recursos para conseguir esta deslumbrante sintaxis son varios; citemos las oraciones con ausencia de verbo ('si mil tu luz') o sin subordinada ('y se rompiera aquel curso del cielo'), el hipérbaton inhabitual ("o si los dioses/luces bebieran por los astros") y los acusativos o ablativos con una preposición que no es la suya y versos que se esfuerzan por no ser esticomíticos, oraciones simples con punto dentro del verso cuando preveíamos una coma o esos *verba dicendi* al final del verso o sus encabalgamientos insospechados o unas adiciones de verso o partes de verso obligadas a cambiar de posición para pulir el significado de la frase. Se trata, pues, no de una sintaxis del significante sino del propio significado. O mejor, de una sintaxis que se sale del campo léxico para meterse en el semántico. No me digan que el recurso no es brillante y original.

Pero si la forma de este singular poemario es rara y sugestiva, no lo es menos su materia, aunque ya más conocida por poemarios suyos anteriores. Los temas de Uña siempre fueron por lo que conozco, la tierra de Castilla y sus implicacio-

⁷ Texto publicado en *Información* (San Fernando, Cádiz), el 5 de abril de 2004, p. 3.

nes vitales o emotivas o místicas. En este poemario de hoy descubrimos a un Octavio Uña viajero cosmopolita, marítimo y aventurero. A mí me recuerda, sin que haya lazos de influencia o epigonía, a los poetas del Grupo Cántico o al Guillén cantor lúcido y gozoso de la tierra y sus accidentes. De todo el libro, que se divide en seis poemarios menores, destacaría el titulado “Del río perdurable” quizás por estar ahí el Octavio Uña de siempre. Ya que es como una antología de poemarios anteriores. Junto a éste apuntaría el titulado “A veces”, que también recuerda la primera época del poeta compuesto de poemas breves, luminosos y cromáticos en su difícil concisión. El resto es un brillante recorrido con el que da la impresión de estar intentando un nuevo quehacer poético, inaugurado en este poemario. Uña se pasea por Melbourne, la ruta de las especias, Waiotapu o las Islas Canarias y de todo le sale un canto sosegado y bellamente ceñido a lo que quiere. Decimos en una nueva forma, aunque afortunadamente el Octavio Uña primero no nos abandona. (“El día en que tu nombre”, Milenio). Esperamos la próxima entrega y la sorpresa de estas novedades.”

MANUEL PÉREZ-CASAUX
Periodista y escritor

IX⁸

“*Crónicas del Océano* es un poema de reciente publicación, que culmina, por ahora, la prestigiosa producción literaria del profesor universitario Octavio Uña, catedrático de Sociología. Su celebrada obra creativa está jalonada de títulos que gozan de un merecido reconocimiento en el mundo de las letras nacionales e internacionales, entre los que cabe citar los volúmenes *Escritura en el agua*, *Edades de la tierra*, *Antemural*, *Usura es la memoria*, *Ciudad del ave*, *Cantos de El Escorial*, *Labrantíos del mar y otros poemas*, *Cuando suena el Merlú*, sin olvidar las dos antologías *Castilla, plaza mayor de soledades* y *Mediodía de Angélica*, que conocen ya varias ediciones demandadas por el buen gusto de públicos varios.

Desde el inmortal Homero, el mar ha sido y es tema selecto de versificación, y gracias a la sensibilidad de los más excelentes poetas esta querencia simboliza un lugar de encuentro y de tránsito para toda la humanidad, patrimonio único y plural al que es preciso recurrir para hallar las claves de nuestro origen así como los temores y las esperanzas del futuro que nos aguarda. En *Crónicas del Océano*, este

⁸ Texto publicado en *Sociedad y Utopía*, 22 (2003), p. 307.

viaje se actualiza y magnifica con la sabiduría aquilatada de Octavio Uña poeta, mensajero único de las irisadas luces y los múltiples sonos marítimos. A través de sus versos, la mirada inquisitiva del autor se desliza por la más compleja de las geografías, la del alma humana, convertida en metáfora oceánica por la que discurren abismos insondables y flujos misteriosos. Es el alma colectiva traducida en cultura e historia desde tiempo inmemorial hasta el umbral del nuevo milenio, ubicada en la conciencia de impresiones y emociones que responden al eco de la vida y al silencio de la muerte. Las palabras del poeta se perfilan vibrantes y diamantinas a la vez, con la maestría de quien domina múltiples lenguajes expresivos y los trenza al servicio del arte.

En una suerte de magia liberadora, sorprendido por la fuerza de las imágenes, el lector es transportado a escenarios diversos capaces de transmutar las vivencias y los recuerdos: Mares lejanos que bañan los gigantes terráqueos de Australia, Nueva Zelanda y China, espacios fascinantes de Oriente y Occidente generados por el prolífico cruce multicultural del Mediterráneo, islas del Atlántico asociadas al mítico paraíso, profundas comarcas de interior surcadas por aguas en añoranza del océano abierto. Todos estos recorridos se construyen armoniosamente a lo largo de cinco secciones, nominadas “A veces”, “Rutas de las especias”, “Milenio”, “Al sur del sur”, “Crónicas del océano”, a las que se añade el Posludio: “Del río perdurable”, dedicado al río Duero, tejedor de la identidad castellana, tierra natal del poeta. Además, en sintonía con la belleza de las palabras, constituye todo un acierto digno de elogio la aportación que realiza el afamado pintor José Luis Galicia, nieto del también inefable poeta León Felipe, que enriquece el contenido con hermosas ilustraciones, pinturas magníficas que recrean visualmente los itinerarios propuestos con un dominio completo del arte. Aspectos loables sobre los que nos llama la atención, con la precisión y cultura que le caracterizan, Luis Alberto de Cuenca en el Prólogo que abre el poemario, donde plasma brevemente una sentida remembranza de ambos artistas y sus talentos vitales.”

IRENE MORÁN MORÁN
Profesora Titular de Sociología

X⁹

“Me pide Octavio Uña que le presente su último libro de poesía, *Crónicas del Océano*, ¿habrá mejor placer que obedecer al amigo? Me pide que lo haga en mi Universidad alcalaína: otro motivo. Y como su poesía en modo alguno es ajena a mí, a mis gustos, a la palabra bien cuidada, acepto gustoso la petición, la petición del sabio. Tengo la manía de sistematizar las cosas, de intentar ubicarlas en su sitio, en apartados, para que sean bien entendidas, aclaradas, para que no cunda el desconcierto en la lectura; pero en esta ocasión, no estoy seguro.

Octavio Uña es «hombre de múltiples estudios y dilatados saberes» (L. A. Cuenca); es «Un humanista, un hombre de muchas culturas» (Jesús Hernández). Nacido en Brime de Sog (Zamora. 1945), ha dedicado su vida al estudio y al inteligente laboreo. Profesor en El Escorial en el Real Colegio María Cristina, y en las Universidades de Santiago, La Mancha y en la del Rey Juan Carlos de Madrid. Titularidades y cátedras, aderezando su académico curricular cinco licenciaturas. Por lo tanto, Octavio Uña es sabio; yo ya lo dije más arriba. Escribe Prado Antúnez que ve dos navegaciones en su poesía: una que sintetiza en su autobiografía: *Castilla, Plaza Mayor de Soledades*, en la que comparte el bien común de la poesía recia que versifica a Castilla, pero sin imitar a las otras Castillas, la unamuniana o la machadiana, sino que, sin ausentarse de ellas –y esto ya es negocio mío– las complementa y redondea. Pero no es ni Unamuno, ni Machado, es sencillamente Uña.

«Quizá, –me vuelvo de nuevo a Antúnez–, porque es voz de la Castilla de más adentro y olvidada de la Castilla al lado del Tera, que es río griego más que castellano, porque retorna en círculos rítmicos la totalidad de Castilla, incluyendo a los afiladores gallegos». En cualquier caso sea unamuniana o machadiana, a las que no renuncia, es original y propia porque aporta conocimiento universal que se identifica y plasma en el labrado surco del libro que tengo frente a mí.

Porque en *Crónicas del Océano*, ya lo insinúa el título, cambia el rumbo, la navegación, el Duero, por un Teide insinuado y unos volcanes tinerfeños, amén de otras muchas latitudes, y, si de Canarias trata, mi otra tierra, y esto también lo digo

⁹ Palabras pronunciadas por Antonio López Alonso, catedrático de Cirugía y decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Alcalá en el Centro Internacional de Estudios Históricos Cisneros de dicha Universidad, el día 2 de junio de 2004. Acto en el que intervinieron igualmente la vicerrectora de Extensión Cultural, Dña. M. Dolores Cabañas, los poetas Luis Alberto de Cuenca, autor del Prólogo, y Javier Lostalé y el pintor José Luis Galicia, autor de las ilustraciones de *Crónicas del Océano*.

yo: aquí, amigo Octavio, también tú y yo nos acercamos. Somos del Duero, del Tera, de la Zamora antigua y de la nueva, pero compartimos otras tierras, otras vivencias: la canaria, el mítico estío, San Borondón, la utópica Atlántida..., incluso la Venecia bien regada por el mar que la penetra y la posee.

Pero tú sigues... “río abajo”, más hacia el Sur, y navegando en el océano único y exclusivo de tu memoria, quizás de tu imaginación múltiple y extensa, avanzas hacia la muralla china, quizá sin ver la mar o viéndola, –qué sé yo–, allá tú, Octavio, pero da igual, para eso eres poeta. «De verso en verso, volando en un aire puro hacia el descubrimiento de cualquier lugar» (Prado), navegas aunque sea tierra adentro, porque para ti todo es mar, oleaje, hondura (si te quieren, tal vez, que sea en la mar), y continúas navegando por otras latitudes y otros mares que necesariamente has vivido porque tu palabra así lo dice: por muy poética que esa tu voz, –voz de poeta–, en realidad marinera y oceánica, es auténtica, vive realidad.

Pero a mí me parece que vuelves, que tu navegación es circular: Una vez leído todo el libro, tengo la percepción de que retornas al Duero, al Tera, a la crianza; de que te despegas y vuelves o quizá, viendo otros mares, permaneces en el de la sangre, en el primerizo, en el que eras y en el que estás. Quizá esta multiciplidad de percepciones que terminan haciéndose simultáneas –y si no por qué el título–, me prevengas que has permanecido siempre en el primario pensamiento de tu exclusividad.

Tiene razón tu discípulo –porque ya formas escuela– Bouzada Fernández, cuando en su “Poeta de encrucijadas” –tú–, nos dice: «semeja que el poeta compelido a escoger dicotómicamente un camino, una residencia, un sentido, hubiese optado por la ambición de la plenitud. No hubiese asumido la exigencia de la renuncia preservando, estrella en la frente, el momento pleno que aquel conoció y ya no quiso ignorarlo». Esto me parece a mí “el momento pleno”, ese que conociste y no has deseado olvidar, ese que permanece en tu “oceánico” libro, sin quitarle ni un ápice de universalidad y conocimiento: sin alejarte de Machado, ni de Azorín, ni de Gerardo Diego, ni, ¡recuerdo absoluto!, de Claudio Rodríguez.

Aventuras en las imágenes convexas de tu imaginación recreada por últimos viajes y experiencias; pero permanentes, Octavio, créeme: no te desprendas ni un solo momento de Castilla; hasta en esa inmensidad –porque la mar si algo es, es inmensa–, «tu propuesta es la de avanzar desde unas esencias consumadas en la vida de la infancia. Avanzar la senda y hacer vida del muy viejo legado de tu memoria» (Bouzada Fernández). Lo insinúa así mismo Jesús Hernández, al citar a L. A. Cuenca: «La visión poética de Octavio Uña, se vuelve hacia su tierra castellana y no deja de ser radicalmente cosmopolita». Sencillamente porque se perpetúa en Castilla navegando aunque transite otros océanos –«transmutando las vivencias y

los recuerdos» (Irene Morán)– que tapizan las orillas de Australia, China, Nueva Zelanda, empapándonos provocadoramente de Castilla, dándoles la vuelta, girándolas en el círculo intemporal: he ahí la fuerza de Octavio, «que no renuncia, que no abandona, afortunadamente, su Castilla de siempre» (Pérez Casaux), «saltando de mar en mar desde la clásica mirada» (H. Ramos), a ese «mar que no envejece nunca» (Lorenzo Pedrero), de su inmortal poemario *Un fuerte viento*.¹⁰

ANTONIO LÓPEZ ALONSO
Catedrático y escritor

XI¹⁰

“En el origen de la nación española, que pugna desde Covadonga (722) por renovar la unidad perdida tras el desembarco de Táriq (711), se halla Castilla. Caída la monarquía visigoda y establecido en Córdoba el poder musulmán (es la página más oscura de la historia de España, decía Emilio García Gómez), los muchos *omes juntados* al norte, huidos del invasor, se rebelan y generación tras generación van empujando la frontera más y más al sur. Cuando se afirma que los moros estuvieron 781 años en España (tras el 11 de septiembre lo repiten “pro domo sua” algunos musulmanes que viven aquí), se dice una falsedad, insistía don Emilio: ese tiempo vale solamente para el reino de Granada; en Córdoba sólo estuvieron 525 años y cuanto más al norte tanto menor la presencia musulmana. El lector curioso de la historia o el viajero inteligente (un ojo que ha viajado es inteligente, dice un proverbio masai) no puede dejar de ver cuántas diferencias van de Santiago de Compostela al cabo de Gata; de Gerona a Cádiz y a las islas Canarias.

Como todos los pueblos del planeta, Castilla –al principio pequeño rincón, un simple condado del reino de Asturias– era un conglomerado de varios: cántabros, autrigones y várdulos, menos romanizados que la gente del sur; y los visigodos, la “*Völkerwanderung*” por excelencia, se mezclaron con ellos no vertical sino horizontalmente, escribe Sánchez Albornoz, de suerte que hubo una especie de pie de igualdad: entre los siglos IX y X «Castilla fue en verdad el único rincón del Occidente europeo donde la mayoría de la población estuvo integrada por pequeños propietarios libres». Castellanos fueron los hombres que organizaron la Reconquista; junto con gallegos al oeste y aragoneses y catalanes al este, la len-

¹⁰ Palabras del escritor y catedrático de Sociología de la Universidad de Córdoba, Julio Almeida, con motivo de la presentación de cien poemas recogidos en *Castilla, plaza mayor de soledades*, 4ª Edición, Ed. Dykinson, 2001.

gua castellana fue desde muy pronto “lingua franca”, la lengua de intercambio preferida por todos: curiosamente tuvieron interés en propagar la coiné peninsular primero los vascones y luego los judíos, explican, entre otros, Ángel López García y Juan Ramón Lodares. La historia es bien conocida, y al comenzar el siglo XXI conviene recordar unas palabras del autor de *España, un enigma histórico*: «Castilla surge como un fruto de la multiseccular guerra de moros y cristianos». Hoy podemos estar de acuerdo en lo esencial: «España es una cosa hecha por Castilla (dice Ortega en *La España Invertebrada*), y hay razones para ir sospechando que, en general, sólo cabezas castellanas tienen órganos adecuados para percibir el gran problema de la España integral». En fin, España como tal empieza a ser en el 711 (Américo Castro dixit).

Recordamos estos hechos elementales al releer *Castilla, plaza mayor de soledades* de Octavio Uña. Una primera edición de esta obra, prologada por Pedro Laín Entralgo, salió en 1980; esta es la cuarta, y en ella el catedrático de Sociología nos habla con voz de poeta. Los pueblos y las ciudades de Castilla y luego de Andalucía y de América no se conciben sin la plaza mayor; en España destaca la de Salamanca. Es herencia grecorromana, el ágora y el foro del viejo Mediterráneo, difícil de concebir en otros ámbitos (en 1951 Walter Gropius, a la sazón profesor en la Universidad de Harvard, impresionado por el ambiente que vio en la plaza del Zócalo y en otras de México, trató de convencer a sus alumnos de que valdría la pena estudiar “su aspecto como elemento aplicable para la creación de corazones de carácter similar en Estados Unidos”. En vano. Los harvardianos alegaban que tal plaza “circundada de pórticos para proteger del sol y la lluvia pertenecía demasiado al pasado y no encajaba en la vida actual de los Estados Unidos”. Ellos se lo pierden..., como nosotros nos perdemos sus espaciosas viviendas).

Pero Castilla fue creciendo: la Vieja, la Nueva, la Novísima (Andalucía por un tiempo); fue extendiéndose en una Reconquista que si termina el 2 de enero de 1492 en Granada, prosigue en Palos el 3 de agosto y la historia recomienza a lo grande el 12 de octubre en la otra orilla del Atlántico. Plaza mayor de las Españas desde 1500, Castilla se hizo España, como precisa Julián Marías, peor fue quedándose sola en medio del Imperio que se independiza y desmembra a principios del siglo XIX, y hoy, por poner un ejemplo, sólo constituimos el 10 por ciento de la población del ancho mundo hispanohablante. El 98 es momento de palingenesia y regeneración: los hombres de aquella hora – el andaluz Antonio Machado, el alicantino Azorín, los vascos Unamuno y Baroja, el gallego Valle-Inclán (un poco antes, Maragall publica versos en castellano y catalán)– se sienten atraídos por Castilla, cuya tierra solitaria, semiabandonada, les fascina y les hace evocar el brillante pasado. Desde dentro un Delibes ha hecho hablar a la vieja Castilla, y hoy

Octavio Uña, zamorano de Brime de Sog, señor de la palabra castellana y española, canta a su tierra, a nuestra madre fecunda, en bellos y sentidos poemas que recuerdan una vida histórico-social (como decimos en nuestra jerga) que nuestros jóvenes tal vez no conocerán; vocablos como biello, brocal, artesa, zaguán, aljibe, candil, azadón, pedregal, adobe, ¿qué les sugerirán a nuestros estudiantes?

Libro melancólico (recuérdese lo que Aristóteles dice de la melancolía), en *Castilla, plaza mayor de soledades* Octavio Uña convoca con palabras llanas, intensas, amorosas, la vida que fue; la vida que sigue latiendo en nuestras venas. Léanse despacio estos versos que titula “Un años más”, en la página 171:

Un año más la vida, azada en mano, nos empuja:
 La fosa tan común de los mortales ábrese.
 Tu luz, sólo tu luz, Castilla, diosa y ave,
 salvar podrá mis ojos de la muerte umbría.
 Mayor amor la luz: yo nazco en cada aurora.
 Porción de paz tu miel y flor de Alejandría.”

JULIO ALMEIDA
Catedrático y escritor

XII¹¹

“*Estaciones de abril* da nombre a una nueva antología de la obra poética del zamorano Octavio Uña, conocido también por ser un destacado profesional de la investigación y la docencia universitaria, a cuyos alumnos tiene el gesto de dedicar esta colección de poemas y textos. La edición corre a cargo de Emilio Blanco, y ofrece una selección realizada por el propio autor, lo que permite acercarse a su aportación lírica preferida, extraída de una obra considerable y muy apreciada en el mundo de las letras, donde goza de un justo reconocimiento a nivel nacional e internacional.

A modo de introducción, en el *Liminar*, se recoge una breve declaración del mismo Octavio Uña sobre su entendimiento de la poesía y de su quehacer poético; dicho texto, rotulado Poética, ofrece algunas claves del universo intimista y evocador que caracteriza su producción. Completan esta visión la acertada presentación del autor y su obra que Leopoldo de Luis formulara en *Mediodía de Angélica (Antología de poesía lírica amorosa, 1976-1982)*, cuya primera edición vio la luz en 1983; y un sentido exordio de la poesía amorosa de Octavio Uña, firmado para la ocasión por Emilio Blanco, respon-

¹¹ La profesora de Sociología de la Universidad de Extremadura, M^a Irene Morán Morán, ha publicado varios estudios críticos sobre la obra poética de Octavio Uña Juárez. Alguno de éstos en la *Revista Praxis sociológica*, dirigida por Felipe Centelles.

sable de la presente edición. Se cierra el volumen con una sucinta relación de su trabajo académico e investigador, y la referencia bibliográfica completa de la obra poética del autor, así como las publicaciones dedicadas a la misma.

Esta compilación incluye piezas escogidas de los poemarios publicados bajo los títulos *Mediodía de Angélica* (1983), ya citado, *Labrantíos del mar y otros poemas* (1986), *Cantos de El Escorial* (1987), *Crónicas del océano* (2003), así como una selección de otro nuevo, *Puerta de salvación*, aún inédito y actualmente en prensa. Incorpora, además, dos textos en prosa, pregón y discurso respectivamente, por una Universidad de la imaginación creadora y Plenilunios del Cafetín Croché, de original factura y atractivo contenido, que pueden considerarse muestras destacadas del arte de la oratoria en lengua castellana.

Conviene adentrarse en la poética de Octavio Uña al hilo de la confesión del autor, «la poesía dice de la biografía de un tiempo y hora, y se quiere contraindicante, debeladora e infundiendo eternidad al tiempo. Ella mueve y adelanta su empeño azotando las cosas, como acróbata del furor, hacia un “topos” sin fin. (...) Río de fuego.» (*Poética*, p. 26). Afirmaciones que delatan la intensidad y la sensibilidad que inspiran su obra lírica, creada desde el más hondo sentir de la experiencia y comunicación con la palabra cabal y áurea, entre la emoción aprehendida y la verdad sorprendida. Poesía como ejercicio necesario, específicamente humano, que alienta a superar las dimensiones de la razón y a vigorizar el pensamiento frente a lo baladí y errado.

Su palabra se hace piedra, agua y viento; desde el recuerdo encadenado a una Castilla natal plagada de soledades hasta el océano sin fin y centro de misteriosos encuentros. Su lenguaje fluye lleno de lirismo tanto en la métrica formal más perfecta como en el verso libre. Su compromiso vital se recrea en la búsqueda de libertad y se transforma en amor desvelado e inalcanzable, pero siempre presente. Desde su mirada ensimismada, identifica ensueños y recobra sentimientos.

Esta publicación permite acercar al lector al largo y fructífero peregrinaje creativo de Octavio Uña, y gozar de su obra bajo la perspectiva de un «río de fuego», energía que aquilata las dudas del ayer y las respuestas del mañana, escritura intemporal que cruza la frontera de la memoria para imaginar el paisaje, la historia, la cultura, la vida en suma, y traducir todo ello en símbolos de belleza y plenitud, en anhelo apenas vislumbrado de lo inefable. Como en toda creación literaria importante, la voz del poeta resuena única y universal.”

IRENE MORÁN MORÁN
Profesora Titular de Sociología

XIII¹²

“Pocos han sido mis contactos con poetas. Tres. Curiosamente todos ellos tenían una cosa en común: su conexión con la realidad social, aunque percibida de un modo muy diferente. El primero intenso, largo en el tiempo y en la distancia, plural; estuvo constituido por una serie de personajes que me rodearon y vincularon en uno de los más bellos, y a la vez más trágicos, parajes del Universo: Guatemala. “Tierra de la eterna primavera y tierra de la eterna gusanera”, como la definió uno de sus poéticos cantores. El país de los lagos y de los volcanes y, a la vez, de grandes convulsiones sísmicas y políticas, donde se vive la historia en la vida cotidiana y se niega en cada instante el porvenir. Es lógico que allí –los autóctonos prefieran decir allá o acá– se desarrollase la poesía y que también adoptara tintes sociales con manifiestas intenciones y contenido revulsivo hacia un medio exuberante, tanto en violencia, como en injusticia. En esas circunstancias resultaría extemporáneo que muchos de sus poetas –casi todos– no se comprometieran con el cambio social.

Mi segundo contacto con “hacedores de poesía” fue anecdótico y pasajero, pero me impresiona aún hoy y precisamente por el trasfondo sociológico que de la poesía se me transmitió. Caí en Madrid en un círculo de personas –me doy cuenta en este momento que mayoritariamente vinculadas a la sociología– entre las cuales, “rara avis”, coexistía un poeta. Su peculiaridad, como su didáctico legado hacia quien esto escribe, estribaba que en bares y restaurantes siempre se autoatribuía dosis mitad de las correspondientes a las del resto de sus compañeros. “Como soy poeta, no me puedo acostumbrar a comer mucho”, dictaminaba en su particular política social.

El tercero, cuando yo estaba convencido de que ya había traspasado el límite de nuevas experiencias ha sido el feliz encuentro, primero corporativo, y de amistad después, con el al menos para mí, primer y también único sociólogo poeta. Octavio Uña un personaje de irrestrictos ámbitos de saberes y conoceres es capaz de escribir en el agua, de labrar en el mar, de interrogar al océano y hasta de navegar por la áridas tierras castellanas. Lógicamente su mirada poética la exige de no conocer límites. Así sucede en su último libro de poesía. *Crónicas del Océano* una ilimitada mirada lírica al erudito e inquieto deambular del poeta que alcanza a los más rancios vestigios de la historia humana y a testimonios milenarios, sin que ello sea óbice para que realice parada y fonda en el legado de otras eras geológicas. Del

¹² Valoración crítica de la poesía de Octavio Uña por el escritor y catedrático de Sociología de la Universidad de Sevilla Juan Maestre Alfonso al editarse *Crónicas del Océano* por el Ayuntamiento de Zamora.

café Sultán al Nilo, de allí al río Amarillo, para descansar en un largo y sugestivo periplo nada menos que “al Sur del Sur” o a la sombra de un drago canario, el árbol del que se dice suda sangre.

No soy la persona más indicada para elevar juicios respecto a producción poética alguna, pero me voy a arriesgar a cometer tal atrevida tarea en base a dos criterios evidentemente subjetivos. El primero viene dado por el impacto que me han producido los devenires poéticos por los que navega Uña, convertido en cronista de la “mar Océana”. No soy capaz de afirmar públicamente que los poemas sean buenos o malos. Llego a intuir que encajan en la primera categoría, juicio que alcanzo a través de “indicadores externos”. Pero lo que no me cabe duda es que a mí me gustan y, por el motivo que sea, normalmente me gusta lo bueno que, desgraciadamente, coincide con lo caro.

El segundo punto argumental alberga contenido empírico. En el abundante itinerario de Octavio Uña transitó por pocos puntos en los que él y yo nos hubiéramos asentado en la misma estación. Pero hay uno en el que ambos hemos coincidido: Castilla, la Nueva o la Vieja, la de arriba o la de abajo. No puedo atribuirme el mismo grado de castellanidad del que goza Octavio Uña. El es castellano de nacimiento, de vocación y profesión. Yo personalmente no soy capaz de decir de donde soy, tal ha sido el cúmulo de lugares de residencia y de transferencias culturales que me han afectado. Mi identidad se define mejor por lo que no soy: sé que no soy gallego, que no soy extremeño, ni canario, ni aragonés... y no soy de Castilla. Me niego a aceptar que Madrid sea Castilla, ni nueva, ni vieja. Pero Castilla significó un referente histórico y cultural para mi generación y aunque el castellano no es el origen ni lengua doméstica sí es habitualmente en la que me expreso. Castilla constituyó el solar de mis primeras ocupaciones y preocupaciones sociológicas y antropológicas. Emoción y razón; los componentes de la acción social actuaron para que las gentes y tierras tan simbólicamente ligadas de Castilla me llegaran a la cabeza y al corazón.

Magnífico el Posludio. Desgarrador en su profunda emotividad. Supera a “Castilla, plaza mayor de soledades”, el otro gran pregón que Uña ha realizado sobre los mares castellanos.

La sabiduría popular, que demuestra constantemente que no es tan sabia como se cree –al menos en esta era de ciberglobalizaciones– afirma que nadie es profeta en su tierra, pero nada nos dice respecto a ser poeta. Uña es poeta en su y de su tierra, Zamora y de su arteria el Duero, río que ha recibido numerosos cantos que no hacen desmerecer el recorrido poético que realiza en otras latitudes el Almirante Uña.

El libro se completa con un prólogo de Luis Alberto Cuenca, pero sobre todo con una serie realmente antológica de ilustraciones de José Luis Galicia, que son una verdadera delicia y que convierten a la obra en su conjunto en un envidiable

producto que, como dije en su momento, hace corroer de envidia a quienes desde otras perspectivas y temas acometemos la tarea de publicar.

Me pilla lejos física y socialmente Zamora, pero para concluir estas líneas me veo en la obligación de felicitar y de agradecer como lector al Ayuntamiento de Zamora su labor de mecenazgo. ¡Ojalá aprendan y copien estos procederes otras muchas instituciones por las “tiradas”, nunca mejor dicho, de sus publicaciones!”

JUAN MAESTRE ALFONSO
Catedrático y escritor

XIV¹³

“Afirma la catedrática de Literatura Española Rosa Navarro Durán que, en *Puerta de salvación*, el poeta Octavio Uña nos introduce en «distintos ámbitos, atmósferas diferentes para que el sentimiento se abreve. Son tan intensas que arrastran, que llevan al alma al viaje; sólo dentro de ellas, puede luego pensar en trazar esos puentes con su hondura, recobrar su inquietud o descubrir su eco en los versos» («Ad Liminem. Ámbitos para el sentimiento», p. 5). Y ciertamente así es; de ahí la dificultad de expresar con lenguaje no poético la intensidad de las vivencias que crean y animan estos versos, cincelados al son de la belleza con la maestría que otorga la madurez plenamente sentida.

Y es que más allá de la variedad de atmósferas en que el poeta nos implica, se adivina, como hilo conductor de ellas, la reflexión en voz alta sobre la condición finita del ser humano, y su ignoto destino; se desvela la invitación cortés, pero firme, a hacernos partícipes de la conciencia de pertenencia a una humanidad doliente; y, en el punto más extremo, se adivina la certidumbre de la muerte, en la espera contenida del observador que la sabe aún distante, pero inevitable. Inquietudes profundas del ser humano que el poeta retoma y da respuesta desde espacios donde se integran la cultura y la vida, en un diálogo fecundo que permite asomarse al pasado con añoranza y vislumbrar el luminoso camino que queda por recorrer. Espacios, en definitiva, que protegen la mente y el alma de oscuros abismos y propician experiencias liberadoras, como puertas de salvación, a la vez que claves compartidas de identidad.

He ahí, por tanto, la rica tradición literaria que toma el mar y su navegación como metáfora de la existencia, viaje sin retorno que suscita incertidumbres, pero a

¹³ La profesora M^a Irene Morán Morán hace un estudio sobre el libro de Octavio Uña, *Puerta de salvación*, que fue publicado en septiembre de 2008.

cuyo azul hay que aferrarse como fuente y promesa de vida para quienes por él se aventuran y renuncian al puerto seguro y la tierra firme. O acaso es la sabiduría del filósofo, en conversación íntima con D. Miguel de Unamuno, la que puede dar sentido a la agónica existencia, al duro combate cotidiano, más arduo y pesado conforme la sinrazón de la muerte siembra poderosas dudas; frente a esa nada, ¿dónde buscar el sentido de la vida?; y el poeta invita a nacer de nuevo, a un proceso de incesante búsqueda de «su yo mismo e idéntico», que exige hallar la razón de la permanencia en el compromiso con lo más auténtico de sí mismo: «Adentro, al corazón, al ánimo, al misterio, / adentro, a la intrahistoria, al punto / que nombran cenital, de la sustancia o tuétano.» (p. 27). O quizás es llegada la hora de aquietar el afán descontrolado por emprender batallas contra todo lo que sobrepasa al ser humano, sea real o producto de la imaginación y del sueño; y nadie mejor que D. Quijote de la Mancha para que escuche ese mensaje y repare en sus malogradas andanzas, acalle anhelos de conquista y contemple el fluir sosegado y rítmico de la vida; y esta vez el poeta nos invita a deleitarnos con el sosiego y la bonanza cotidianos, regalos de otro tipo de sabiduría no siempre fácil de alcanzar.

Sigue el poeta su recorrido por otros espacios, ya presentidos, ya conocidos de andaduras previas, evocados en la presencia y en la pérdida, atravesando con la mirada siglos de historia o deteniéndose en el momento fugaz; contraste entre lo que fue o pudo ser, y no es. Surge también aquí la palabra domeñada y convertida en arte, esta vez para ofrecer paisajes, tradiciones y costumbres de Castilla y León, y en especial de Zamora, para atrapar la Grecia clásica, para trasladarnos a Coral Barrier, para aquilatar los sentimientos agridulces del amor. Es la manifestación de la poesía como expresión de creación y, por ende, garantía de libertad y encuentro.

Bellos versos recogidos en poemarios de sugerentes títulos: «Oversee», «Miseres para Unamuno», «A la vera del camino» (que contiene, a su vez, «Tristia», «Mancha de media noche», «A la vera del camino», «Segunda navegación de Don Quijote») y «Puerta de salvación». A ello se suma «Cuando pasa tu nombre», Pregón de la Semana Santa de Zamora de 2002. En suma, un libro de cuidada edición que ha tenido una excelente acogida entre públicos diversos, y que puede considerarse una obra notable dentro la literatura actual en castellano.”

M. ^a IRENE MORÁN MORÁN
Profesora Titular de Sociología

XV¹⁴

Poesía de un humanista

“El regocijo de ser “marinero en tierra”, desde Rafael Alberti hasta Octavio Uña, me ha hecho navegar por un mar lírico, atraído por sus olas flotantes y concéntricas. Y el de Octavio es un supermar con título de libro: *Crónicas del Océano*. Poemario sabiamente profundo y desbordado en las manifestaciones de su cosmovisión. En sus textos poéticos se profundiza su saber humanístico, tesoro de su riqueza culturalista difundida para el disfrute del fluir irradiado de una clara poesía pensada e imaginada, producto de su creación talentosa.

Había descubierto a Octavio Uña como humanista hace unos cinco lustros, pero también años acá he descubierto al bardo que es él, en un simposio internacional de poetas sin fronteras en el que, necesitados de un orador de urgencia, se le pidió que hablara así espontáneamente a nombre de una pléyade de escritores reunidos en Boston. Y para todos fue una gran sorpresa su caudal de conocimientos sobre la literatura clásica, en que se han destacado perfiles epónimos de la poesía consagrada como Virgilio, Marcial, Horacio y Ovidio. En aquel evento, Octavio reviviendo los hexámetros latinos, nos mantuvo lelos al escucharle recitar en la lengua del Lacio un poema de Ovidio, no precisamente su *Ars amandi*, sino el arte de su poesía volcado a su latín clásico. Oír hablar a Octavio y verlo con los ojos cerrados y en ademán pensativo, para luego verlo abrir los párpados como si estuviese mirando a las estrellas y ponernos a reflexionar según sus destellos, era como estar disfrutando de esa poesía que se expande en su facundia oratoria, disfrutando también de esa filosofía lírica goethiana que distingue a quien es un verdadero pensador y al mismo tiempo un verdadero poeta.

Estoy convencido de que Octavio Uña es un poeta clásico por sus triunfales avances marmóreos hacia la Academia y hacia el Parnaso. Y es un poeta moderno por la forma estructural de su creación arrítmica y por el caudal de léxico metafórico que proviene de sus poemas y de su saber navegar a sus aires frente a los dioses surgentes y cósmicos de la poesía.

La poesía de Octavio, augusto soberano de la palabra castellana, no es fácil de entender si no preparamos la mente con lecturas reflexionadas hasta el hallazgo de

¹⁴ Palabras pronunciadas por el escritor colombiano Ramiro Lagos, catedrático emérito de la Universidad de Carolina del Norte, en la Fundación Alianza Hispánica, de Madrid, el día 1 de julio de 2009 en la presentación de la segunda edición de *Crónicas del Océano* (Ed. Dykinson), junto a Luis Alberto de Cuenca y Miguel Galanes.

sus fuentes versátiles y de su océano simbólico donde el olímpico cisne flota y hace flotar su poesía alucinante sobre las olas del entusiasmo. Poesía de mares en movimiento, en ellos la metáfora cumple su misión comunicadora, pero si la metáfora, según Nietzsche, es un error óptico, en este poeta zamorano es un hallazgo de realidades fulgurantes dentro de un océano de conocimientos a través del mito, de la leyenda, de la cultura ecuménica y de su voz magistral como reto de inteligencia. Lo importante de la poesía de Octavio es que abre un ventanal oceánico en que se descubre la soledad poblada de pensamientos y con ella está la personalidad del poeta acompañado de evocaciones y de cíclicos encuentros con el alma cósmica en los que el mar asume su protagonismo. Es un inmenso mar terráqueo y biográfico y es allí donde nos encontramos con este magnífico poeta sabio. En el agua-cristal de su memoria se refleja alusivamente su bagaje cultural para darnos a conocer nombres y sitios ponderosos como El Escorial, Venecia, Bizancio, Alejandría, Mármara, Jonia, los reinos coránicos, el “oversee”, el norte y sur de su estadio mental y el resto de su mundo culturalista, acaso el de las estatuas, el de los mármoles, o el de las efigies egregias como Tiziano, Tintoretto, Goethe, Petrarca, Byron, el Quijote, el Mío Cid y otras figuras de su galería artística e ilustrada.

La poesía de Octavio vista así o desde la perspectiva oceánica, es el arco triunfal de su creación poética en cuanto acierta a metaforizar sus mares de múltiples maneras. Incluyendo su mar terráqueo que acumula poéticamente las olas y ondas de la vida hasta formar ese océano poético que se va agigantando a medida que el oleaje temático se acrecienta con la lluvia de sus palabras-luz. El símbolo del mar, que en Jorge Manrique es la muerte, en Octavio es la vida en movimiento cíclico dentro de sus manifestaciones atmosféricas sin omitir su tormenta y el negro rayo de la fatalidad de los muertos...

Los muertos son un mar, pero conocen
señales de los astros.

Su propensión a ser el poeta cronista del mar de la historia, lo hace trasladar a la antigüedad legendaria para que nos compenentremos con su misión narradora.

Narrad, narrad la mar: la antigua gente
de dioses y leyenda.

Y escudriñando en su universo el filón lírico del poeta he encontrado por azar lo que pudiera ser un poema modélico de su circunstancialidad creadora, donde se encuentran las letras de su nombre. Creo que es un poema clave para comprender su poética y lo que alberga su memoria lírica.

A veces se dispersan por la mar
 las letras de tu nombre
 (fonemas y monemas, aire alzado
 de tus leves moradas)
 A veces se dispersan por la mar
 los blancos huesos
 de tu lenta memoria.
 Que un arcángel final, lino en el cielo,
 con red tan barredora te concilie, y salve
 los restos del navío de tu herencia.

Ese arcángel de atuendo celeste inspira al poeta para salvar el navío de su herencia cultural difundida en el repertorio de su eminente faro, cuya luz nos acerca de onda en onda a disfrutar de su poesía de movimientos múltiples y dentro de esos movimientos es interesante seguir el de la ruta de las espumas, el del aleteo de las gaviotas, el del encuentro de viejas y nuevas olas sin que se descarten las sirenas, aquellas de los besos salinos, de los labios de la mar, de pechos de mar. Lo que quiere decir que el tema del amor hace parte del tesoro marino escondido bajo sus lluvias amorosas. Es cuando “el amor llega en la mar, porque en la tierra agota sus mieses”, canta el bardo. No disimula el poeta el erotismo del “impromptus” cuando el pájaro cósmico se resuelve en himnos. Es cuando “suben brazos del mar o hércules titanes a tu bosque y deseo”. Es cuando “decreta el mar amor y húmedo permanece el deseo”. En este mar de amor el poeta llega hasta el regodeo erótico, según lo expresa su verso: “Arde su seno y tras la triste noche crecen dátiles de oro”. Después dirá el poeta los besos van a seguir a su fuente, “lento y coral el tálamo”. Es fácil de descubrir en *Crónicas del Océano* que hay amor flotante, tranquilo y lento amor, abscondito amor en la agenda marina del poeta. Es que a fin de cuentas sin amor no hay poesía. Y no es de extrañar que como antítesis del sosiego amoroso, el mar ladre, la luna del mar aceche, el mar de golpes como látigos. Tantas miras alusivas hay sobre el mar como reflejo de la vida, que el poeta se vuelca en metaforizarlo de múltiples formas manifestándose el amor como oleaje de gloria, preocupación o dolor.

A veces en la noche de la mar
 miranse las estrellas fijamente y caen
 heridas...
 A veces por la mar los tientos de tu mano
 dan en bajío y cumplen
 jornadas de dolor y de tristeza.

Hay aquí como signos biográficos de humana conducta, aunque hay festines de la mar con desahogo embriagante, como si compartiera este poeta con su paisa-

no zamorano Claudio Rodríguez su *Don de la ebriedad* lírica. Y la ebriedad de Octavio, también lírica y posiblemente amorosa es más intensa después de las saudades. Porque “si bebieras oceánico ron de Sauces” rompiendo tediosos mármoles, dice el poeta, volverías a “tu día primero azulmarino”. Y en contraste con la ebriedad lírica, “viven los habitantes de la mar sus éxtasis piadosos”. Entre esos habitantes, podría encontrarse el poeta como contemplador del mar para cerrar el día convertido en un “monje en su piel”, bajo las umbrías del abismo. La poesía, lo hace volver al aire libre del mar, lo vuelve a sus aguas profundas para ensimismarse, hasta buscar su destino metafísico bajo las olas perturbantes de la vida.”

RAMIRO LAGOS
Catedrático y escritor

Así han opinado sobre la poética de Octavio Uña quienes bien lo conocen. Pero ¿qué nos dice él mismo? Me remito a las palabras, que pronunció en la Fundación Universitaria Española el 26 de marzo de 1982, tan valoradas y elogiadas entonces por Luis Rosales. Son un verdadero manifiesto de su quehacer como poeta¹⁵. “Palabra sobre palabra, decir sobre lo dicho: este es el ejercicio a que se me invita. Mas lo expresado va en la vida. “Asiste lo vivido”, que decía Quevedo. Una confesión aquí se nos pide, y arduo es el intento de mostrar nuestro interior coloquio, soliloquio y circunloquio. Va en el hombre un hondo sentido del recogimiento – que en el poeta es de ensimismamiento– ; él tiende al secreto, a la clausura de su experiencia más íntima: “de nobis ipsis silemus”, sentenciaba Bacon. Mas yo, nacido castellano y por un costado adentrándome que se me ha una histórica luz de la verdad, debo testimoniar aquí que mis obras son “fragmentos de una gran confesión”, como decía de sí Goethe en su *Wilhelm Meister*.

Guardados en graves carpetas de los años 50 y 60, “papeles amarillos”, yacen los testigos de la edad: crónicas de fútbol en verso, hexámetros latinos, zarzuelas, odas en la onomástica de algún viejo amigo de aquel irreparable tiempo. Luego una intensa producción en libros plasmada: más pregones, cantos y coplas de feria y fiesta, juvenilidades líricas mil, que no enuncio. Criaturas que dicen de la mitad de mi alma: la otra mitad fuera entregada a los fríos ejercicios de la razón discursiva. Mas lo que nunca yo podré contar ni contarme es el empeño de vivir en el encantamiento del mundo, en el velamiento y desvelamiento de toda situación, tiempo y peripecia. De esta secreta lucha creadora y acendrada no sé responder. Quizá tan

¹⁵ Cf. *Cuadernos para Investigación de la Literatura Hispánica*. Nº 7. FUE. Madrid (1986) pp. 82-84.

sólo con el sentir de Höderlin: “Un signo somos indescifrable”. Pero sí he de decir que el don de estas criaturas reside en la vivencia y revivencia. Ellas tienen sus raíces en el sueño. Soñar lo sido. Vivir en la referencia, traslaticamente, en la metáfora. Aquella “usurpata traslatio” agustiniana fuera un quehacer vital. Vivir a contragolpe, poéticamente, habitablemente para un “alma de Ménade”. Sólo desde tal coyuntura biográfica el presente es sobrepasado, la intensidad del instante nos trae el pasado a inmediatez y la protección nos entrega al futuro en su cuerpo inasible. Vivir y desvivir. En tal ciudadanía era verdadero lo de Breton: “¡oh imaginación, tú eres la reina del mundo!”

Así venía el origen, una urdimbre antiquísima de sentidos y significados, desde un hermoso pueblo, donde Castilla se alzara con León y Galicia, en el que yo viví de niño y no “días idénticos a nubes”, como decía de su itinerario profundo Neruda. Allí era el esplendor y la profundidad cálida de la luz castellana: una casa solariega, una antigua hacienda, donde los objetos todos practicaban contagios de amor, de antiguo honor y vieja gloria, del anhelo y el gozo. Así, virgilianamente, atado al perdurable secreto, a la “voz antigua de la tierra”. De esta suerte, como un frenético dios. Castilla me urge a hablar. Castilla real, dolorosísima. Y Castilla como constelación de poderosos símbolos, firmamento de soles y de estrellas. Castilla hacia delante, nuevamente descendiendo del aire. Amplio el redil de la imaginación, como la feria de Medina. Pensar y poetizar, indivisible y grave oficio. De tal adolescencia y juventud cautivas nacieron una mirada al mundo cifrado de las cosas desde la nostalgia, el recuerdo creador y el ensueño. Caminaba el poeta a la búsqueda de lo originario, a los “levantes de la aurora”. El oficio de poetizar tornábase recuerdo, escultura de los juegos de la memoria.

Esta instauración en lo extracotidiano tuvo también su lugar y su tiempo, hondo y misterioso, en El Escorial, dentro y fuera del Monasterio, en una acumulada floración de signos y símbolos. Allí, en la Torre de la Botica, en las intimidades de las “formas que vuelan”, aparecía la palabra como supremo don. Palabra sobre palabra, palabra y metapalabra. La palabra poética, que en su humildad un mundo cabe. Ella era la gran morada, el ámbito de la libertad, la salvadora. El poeta viajó también por los costados del mundo, midió por propio pie la vieja piel de Castilla.

Anheló la fiesta y feria de las gentes. A contravino, vivió en abril, rodeado de juventud: dádiva única, insorprendible y mágica. Y él soñó a Angélica, la hizo como el centro de todo bien, como templo de hermosura jamás vista y luz no usada. Ella es, y por siempre, lo sublime en el mundo. El amor que es origen, aurora nunca narrada.

El poeta sabe así que la poesía dice del primer día y punto cero de las cosas, de una permanente despedida, de una estancia en la luz, en un avivamiento y trasla-

ción cálida de la realidad a más allá de sí misma. Él construye, por propia mano, las constelaciones de su rostro, su particular e irrepetible mundo. Aunque hija del taller, del labrantío “ad unguem”, la poesía dice de la biografía de un tiempo y hora, y se quiere contraindicante, debeladora e infundiendo eternidad al tiempo. Ella mueve y adelanta su empeño azotando las cosas, como acróbata del furor, hacia un “topos” sin fin. Ella es llenuembre y río. Río de fuego.”

Octavio Uña con este manifiesto de su poética hace un daguerrotipo de su personalidad y nos ofrece, como los verdaderos poetas, las hondas vivencias de su ser, siempre buscando el bien de sus lectores como quien ha sido tallado en el amor y la espiritualidad.

LARRA, Mariano José de. *Obras Completas*. Edición, introducción y notas de Joan Estruch Tobella. Madrid. Ediciones Cátedra, Bibliotheca Avrea. 2009, vol. I, 1214 pp., vol. II, 1213 pp.

Por Ignacio Bajona Oliveras

Recientemente han aparecido las *Obras Completas* de Larra, publicadas por el profesor Estruch, tras años de recopilación y comprobación del *corpus* total identificado de la producción larraliana, y ello con la misma precisión y rigor con que publicó hace cinco años, en la misma editorial y colección, las *Obras Completas* de Bécquer (vid. *Cuadernos*, núm. 30, M. 2005).

La edición, pulcramente presentada, que ahora nos ofrece el profesor Estruch, aparece distribuida en dos extensos volúmenes, dedicado el primero a reunir todos los *Artículos* de Larra, mientras el segundo, de igual extensión, a la obra del escritor madrileño recopilada bajo los títulos *Novelas, Teatro y Varia*. Con la honradez profesional que caracteriza a su editor, este afirma previamente en los *Criterios* utilizados en su edición, que “Reunir todo lo que escribió Larra es una empresa prácticamente imposible”, dado que muchos de sus artículos periodísticos no aparecieron firmados por el autor, por lo que añade Estruch: “La mayoría de esos artículos anónimos permanece y permanecerá olvidada, ya que la atribución de su autoría presenta grandes dificultades”, lo cual no obsta para que su editor actual agregue en sus criterios que “si nuestra edición no incluye todo lo escrito por Larra, sí es la más completa hasta ahora publicada”. Añadamos, a propósito, que para una mejor lectura e interpretación de los textos larralianos, el lector habrá de agradecer lo que también Estruch afirma en sus mencionados criterios: “Esta edición es la primera que presenta una anotación sistemática de todas las obras originales de Larra. Las notas (advertimos nosotros que no aparecen a pie de página, sino al final del volumen, numeradas para cada texto) son escuetas, ya que sólo pretenden – sigue diciéndonos su editor– “aportar información necesaria para la comprensión del texto, sin recargarlas con referencias eruditas”

Precediendo a lo que acabamos de señalar acerca de los criterios empleados en su edición, el profesor Estruch nos ofrece una *Introducción General*, en la que nos traza una lúcida interpretación de la vida y obra de Larra a través de dos apartados generales con diversos enunciados. En la primera parte y bajo el título *Larra, el escritor suicida*, expone las diferentes interpretaciones y valoraciones que sobre su trágico fin se han venido haciendo a lo largo del tiempo, punto este sobre el cual Estruch, en el enunciado final de esta parte, nos ofrecerá sus propias conclusiones.

En los siguientes enunciados nos trazaré su personal perfil biográfico del escritor, considerando, en principio, la “personalidad compleja y conflictiva” (p.22) de Larra, a quien Estruch compara, por algunas de sus “dimensiones psicológicas”(p.22), con Quevedo; ambos aquejados de algunas deficiencias físicas –en el caso de Larra por ser corto de talla–. Leves taras físicas compensadas en los dos escritores por “un intenso orgullo”y “una visión crítica, demoledora de los defectos y miserias ajenas...” (p. 23), y a la vez ambos estimulados por su gran inteligencia. Es precisamente en esta parte de su *Introducción* dedicada a la personalidad y actitudes de Larra, donde el profesor Estruch profundiza, con una certera y personal intuición, en la figura del escritor madrileño, gracias al gran conocimiento que él tiene de su obra, señalando los rasgos que se desprenden de sus artículos, como son, entre otros, sus “manifestaciones directas e indirectas de desasosiego, de falta de estímulo vital, de visión negativa de la sociedad y la naturaleza humana”(p.23), lo que el mismo Larra llama “mi usual *spleen*” Este pesimismo es el que se trasluce particularmente en algunos de los artículos de sus últimos tiempos, con numerosas alusiones al suicidio.

En cuanto a sus artículos costumbristas, Estruch considera que los tales ofrecen, a diferencia de los de sus coetáneos Mesonero Romanos y Estébanez Calderón, “una visión más política y global de la sociedad española, inmersa en los intensos cambios derivados de la transición del Antiguo Régimen a la sociedad liberal”(p.26), si bien el mismo Larra confiaba poco en la literatura como instrumento de cambio de la sociedad en la que le tocó vivir. Por otra parte, su actual editor precisa como al escritor le cautivó y apasionó la política, intentando manifestarse –según afirma Estruch– como un “observador independiente, insobornablemente crítico con el poder”(p.28), pero igualmente nos advierte en los tres siguientes enunciados de esta primera parte de su *Introducción*, de que Larra evoluciona en sus postulados socio-políticos. Considera tres sucesivas etapas: en la primera, coincidiendo con sus años más jóvenes, se adhirió al absolutismo reformista, afiliándose a los Voluntarios Realistas, cuya orientación política era en extremo intransigente; en la siguiente etapa apoya decididamente el centrismo de Cea Bermúdez en favor de la reina regente María Cristina, convirtiéndose incluso en un poeta áulico; finalmente, en una tercera etapa y en un primer momento, “parece evolucionar hacia posiciones progresistas”(p.33), pero después de haber colaborado en la caída de Mendizábal y tras un tiempo de vacilaciones, se inclinará por el moderado Istúriz, apoyado por la reina regente. Por último, Larra aceptó la oferta de presentarse como diputado por la provincia de Ávila, pero –como es sabido– aunque salió elegido, las elecciones fueron al poco tiempo anuladas, y el escritor, sintiéndose defraudado y habiendo perdido su prestigio como articulista en temas políticos tras

haber claudicado en su insobornable independencia, va dejando cada vez más de escribir artículos de este tema, y –como añade el profesor Estruch– Larra se dedica más a la crítica teatral o cultural (p.33).

Y en el último enunciado de esta parte de su *Introducción*, titulado *Desenlace*, aborda el profesor Estruch el tema del suicidio de Larra, –del que es ampliamente conocido el episodio de la malolgrada entrevista entre el escritor y su examante Dolores Armijo–, dando su opinión “con todas las precauciones que son pertinentes a la hora de analizar los motivos de un suicidio”(p.35). Así, según él, “el de Larra se debió a la conjunción de tres factores, que, por orden de importancia, serían: 1/ Una personalidad de carácter bipolar, maníaco-depresiva, que se manifiesta en sus dificultades de relación social...

2/ Un contexto de acoso, agudizado por su fracasada apuesta por el partido moderado, interpretada como una “traición” interesada por sus enemigos políticos, sus rivales periodísticos... 3/ Un fracaso amoroso que actúa como desencadenante” (pp.35-36).

Si la primera parte de la comentada *Introducción* constituye una lúcida semblanza psicológica y temperamental de Larra, caracterizada por sus continuos vaivenes y desazones, su segunda parte, dividida ahora en tres epígrafes, bien puede considerarse como una certera visión global de la evolución de su obra como articulista; visión que igualmente puede servir al lector para interpretar el resto de su producción, incluida en el segundo volumen de la presente edición.

Se ocupa en primer lugar Estruch, en esta segunda parte, de la primera aventura periodística de Larra, *El Duende Satírico del Día*, compuesto de cinco entregas o “cuadernos” escritos entre febrero y octubre de 1828. Según su actual editor, los artículos de *El Duende* se caracterizan, sobre todo en sus inicios, “por la indecisión temática y los balbuceos estilísticos”, siguiendo los ejemplos del “costumbrismo alegórico barroco (Vélez de Guevara, Quevedo...)” (p.37), tanteando, en definitiva, diversas formas de expresión, como el diálogo, la reseña teatral, la carta, el ensayo erudito... “El resultado –afirma Estruch– es aún poco maduro, pero en él ya asoman las características de su personalidad literaria: espíritu independiente y solitario, orgullosa sensibilidad frente a las críticas, estilo irónico, mordaz e ingenioso”(p.38).

A continuación, se detiene el editor en analizar la siguiente aventura periodística de Larra, iniciada cuatro años después, con la aparición de su segundo periódico, *El Pobrecito Hablador*, (1832-1833); etapa que supone una nueva orientación en su costumbrismo “más profundo en el que la crítica a un personaje sirve para criticar algún fenómeno sociológico. Y también para relacionar la sátira de costumbres con la coyuntura política del momento”(p.39).

Por último, señala el profesor Estruch que utilizando Larra, a partir de comienzos de 1833, su heterónimo *Figaro*, sus artículos adquieren una mayor diversidad temática y estilística, abandonando a menudo los temas políticos, al tiempo que el escritor muestra una mayor libertad de expresión, llegando, incluso, finalmente a expresar por boca de *Figaro* la complejidad de su drama íntimo. Muy acertada al respecto es la clave que acaba dándonos Estruch al afirmar: “Cuando Larra quiso hablar de sí mismo, acabó siendo víctima de Figaro, su otro yo siempre irónico y autosuficiente, que le había dado fama y dinero, pero que había acabado suplantándole”(p.42).

En total, unas cuarenta y pico de páginas introductorias a las que añadir una *Cronología* y una *Bibliografía* sobre Larra., que por sí solas formarían ya un breve libro sobre Larra.

A continuación, y en el primer volumen, la edición de unos 250 artículos, que van desde la primera aventura periodística en solitario del escritor, *El Duende Satírico del Día*, iniciado con su artículo *El Duende y el librero*, publicado en febrero de 1828, hasta el que lleva por título *Figaro a los redactores de El Mundo*, publicado en este mismo periódico, a finales de enero de 1837.

El segundo volumen, de igual extensión que el primero, sólo encabezado por el *Índice*, incluye, en principio, la extensa novela *El Doncel de Don Enrique el Doliente*, al que siguen sus tres obras teatrales originales: *Macías*, *El Conde Fernán González* y la ópera *El Rapto*. A continuación, su *Poesía*, que recoge nada menos que unos cincuenta poemas de muy diverso formato, estilo y contenido; el primero, posiblemente de 1827, y el último, un romance *Al día primero de mayo*, de 1831. Sigue su *Epistolario y Documentos Personales*, en el que caben destacar las catorce cartas dirigidas a “sus queridos papás”; las cinco a Pepita Wetoret y la última destinada a Dolores Armijo. Después viene un curioso *Tratado de Sinónimos de la Lengua Castellana*, al que acompañan, bajo el epígrafe *Traducciones*, dos textos originales de Charles Dacier y M.F. Lamennais, respectivamente, traducidos por Larra. Y por último, sus doce *Adaptaciones teatrales*, encabezadas por la comedia costumbrista *No más mostrador*, cuestionada adaptación de *Les adieux au comptoir*, de Scribe, autor del que Larra adaptó otras comedias.

En definitiva, una magnífica edición a la que el profesor Joan Estruch ha dedicado largo tiempo y esfuerzo.